


# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

# TRES DRAGONES DE ORO

Estaba acorralado. Acorralado contra la gran figura del Buda de piedra verde. Las luces rojas del templo parecían reflejos del infierno, reverberando en las columnas que formaban un auténtico bosque de cilindros de piedra lustrosa, como un dédalo en el que había tantos enemigos como columnas. Contó, al menos, doce. Doce hombres. Doce figuras enmascaradas, de desnudos torsos brillantes de sudor y grasa. Doce luchadores de karate. Doce asesinos. Y él, en medio. Enfrentado a todos ellos. Sin más ayuda que sus manos desnudas.



Curtis Garland

# Tres dragones de oro

## Bolsilibros: ¡KIAI! - 09

**ePub r1.0**

**Titivillus** 19.12.17

Título original: *Tres dragones de oro*
Curtis Garland, 1977
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





COLECCION

# ¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

«Todo lo que existe está en estado de mutación continua. Todo cambia. Todo se está transformando siempre, desde que todo fue creado…»

Del I-Ching, o Libro de los Cambios
o Transformaciones.
(Libro clásico chino, de 3.000 años de antigüedad).

# Primera Parte

## TRES DESTINOS

# PRIMER DESTINO, PRIMER DRAGÓN

## (Hong Kong)

# CAPÍTULO I

Estaba acorralado.

Acorralado contra la gran figura del Buda de piedra verde. Las luces rojas del templo parecían reflejos del infierno, reverberando en las columnas que formaban un auténtico bosque de cilindros de piedra lustrosa, como un dédalo en el que había tantos enemigos como columnas.

Contó, al menos, doce. Doce hombres. Doce figuras

enmascaradas, de desnudos torsos brillantes de sudor y grasa. Doce luchadores de karate. Doce asesinos.

Y él, en medio. Enfrentado a todos ellos. Sin más ayuda que sus manos desnudas.

Los adversarios de las máscaras diabólicas, que les hacía parecer extrañamente iguales a todos entre sí, como un ejército monstruoso de hermanos gemelos, hijos todos del propio infierno, se movieron como sombras hacia él. Sus pies desnudos no hacían ruido en el suelo negro, lustroso, como un espejo lúgubre. Las máscaras, de un verde fosforescente, se reflejaban, en un dantesco bailoteo, en aquel suelo tenebroso. Era una escena delirante.

El solitario luchador respiró con fuerza. El sudor hacía brillar su rostro crispado. Sabía que era una trampa mortal. Y su gesto revelaba que no se hacía ilusiones. Nadie podría vencer a todos aquellos luchadores despiadados, al servicio de una secta asesina. Eran demasiados, incluso para un luchador excepcional como él.

Pero había que intentarlo. Y lo intentó.

De su garganta, como un sonido inhumano, escapó el alarido desgarrado, algo que parecía brotar de su ser todo, galvanizando a los adversarios, rompiendo el aire con una nota aguda y ronca a la vez, que parecía ocultar todos los matices y notas imaginables en un sonido:

—¡Kiai!

Y después el salto inverosímil, como un acróbata increíble y poderoso que era.

No era un salto caprichoso, ciertamente. Era el inicio de un enfrentamiento hábil y directo con el peligro inevitable; el peligro que suponían las primeras líneas del denso grupo adversario.

Se situó mirando hacia el norte, en posición *Yoi*. Frente a sí, en diversas posiciones y formas de ataque, estaban los siniestros luchadores enemigos.

El solitario karateka no dudó. Era evidente que había elegido mentalmente, con la rapidez propia del perfecto dominador de aquel arte marcial, la *kata Pinan-Nidan*.

Tenía situado a su primer adversario, elegido de modo instintivo por el alto, atlético luchador occidental, justamente hacia el oeste. Por lo tanto, a él se dirigió, girando rápidamente su cuerpo, en posición *Ko-Kutsu-Dachi*. Pie izquierdo adelantado, y los cerrados

puños sobre el flanco derecho, el zurdo sobre el diestro, a la altura de su cintura.

Su enemigo saltó con un estremecedor aullido. La máscara parecía un rostro satánico, sobre un manojo de músculos poderosos, electrizantes, movidos por una mente experta en la lucha. Experta en matar. Porque aquéllos no eran luchadores caballerosos ni que se atuvieran a las reglas establecidas en las artes marciales. Eran criminales. Y sus temibles manos y pies, sus armas mortíferas.

El occidental parecía saberlo muy bien. Cuando vio el golpe previsto, no modificó su postura pero alzó los dos brazos simultáneamente. El derecho, en forma horizontal ante su frente —una posición clásica *Age-Uke*—, y el izquierdo en forma vertical al lado zurdo, en *Uchi-Ude-Uke*. Era una doble parada perfecta.

Gritó luego dolorosamente su enemigo, cuando él, sin variar de posición, bajó el antebrazo derecho y golpeó, describiendo un círculo por la parte externa de su antebrazo izquierdo, inmóvil.

Rápido, deslizó su pie izquierdo más lejos, en dirección oeste, se situó en *Kiba-Dachi*, y golpeó en *Tsuki-Chudan*, lateralmente, usando su puño izquierdo en un impacto seco, demoledor.

Cayó el enemigo como fulminado, chocando su cabeza sordamente sobre el lustroso suelo negro, donde quedó inmóvil, mientras ya el luchador solitario giraba al este, sin modificar su posición, con una agilidad impresionante de reflejos y de rapidez mental, a cuyo servicio se hallaban sus músculos, nervios y tendones perfectamente entrenados; y actuó en forma inversa a la anterior, variando simplemente los movimientos y golpes, que fueron aplicados al revés, pero con igual contundencia y precisión, abatiendo al adversario de aquel punto con la misma rapidez con que lo hiciera con el primero.

Inmediatamente, el tercer rival se le vino encima como un alud rugiente, exasperado. Todo sucedía con rapidez vertiginosa. Cada movimiento, cada golpe, cada *kata*, apenas si era una simple décima de segundo perdida.

En esta ocasión, el luchador occidental mantuvo su posición *Kiba-Dachi*, dirigiendo rápido la mirada al sur, por encima del hombro derecho, llevó los puños al lado izquierdo, mientras la rodilla izquierda entraba en contacto con su pie derecho levantado.

Rapidísimo, fulgurante, golpeó simultáneo con pie y puño,

armonizando un *Yoko-Geri-Jodan*, con un *Tsuki-Jodan*. Alcanzado de lleno el enemigo por ambos impactos, aulló tras su máscara, y se proyectó atrás su cuerpo, estrellándose contra la base del gigantesco Buda, a cuyo pie se desplomó inerte.

Ya era tiempo de enfrentarse al cuarto adversario, que se le venía encima, con sus manos preparadas, como hachas demoledoras, y sus pies dispuestos a rematar el ataque.

Golpeó el occidental con un potente *Uchi-Ude-Uke*, y cuando su enemigo aullaba, al recibir el mazazo de su mano, lanzó el pie izquierdo adelante, fulminante el impacto, en un increíble *Mae-Geri-Jodan* que hizo crujir terriblemente los huesos del golpeado. Este vaciló, cayendo como fulminado.

El quinto adversario, tras aquella nueva victoria, se disponía a saltar sobre su acorralado enemigo, cuando una voz cortante interrumpió la dramática, virulenta escena:

—¡Alto! ¡Ya basta! ¡Corten!

Jadeantes, los luchadores numerosos se detuvieron como si de pronto se desinflaran sus ansias homicidas. El luchador solitario se relajó, exhalando un suspiro de cansancio. Sus brazos cayeron a lo largo de su musculoso, elástico cuerpo de atleta y acróbata consumado. Miró hacia donde súbitamente se había encendido una hilera de potentes focos blancos, que quitó todo ambiente Irreal y siniestro al escenario de la Increíble y desigual lucha.

Rehuyó las luces, haciendo pantalla con su mano sobre los ojos, deslumbrado por la repentina claridad, y preguntó en voz alta:

—¿No ha quedado bien la escena, Reagan?

Un hombre canoso, con gorra de béisbol y una Increíble camisa estampada, de mil colores, asomó en el dantesco escenario de la batalla contra los orientales misteriosos. Estos se despojaban ya de sus siniestras máscaras, hablando y riendo entre sí. Uno aparecía tomando un trago de una botella de coca-cola, y los enemigos aniquilados por las formidables *katas* del luchador, se incorporaban sin una sola queja, uniéndose a sus compañeros o cambiando algún comentario risueño con su propio vencedor.

—Sí, perfecto, Frank —le respondió, sonriente—. Pero es una escena muy dura, y mejor la haremos en dos o tres tomas diferentes. Ahora, descansad un poco. Creo que va a ser una buena secuencia en nuestra película…

Y el rodaje de la película de lucha oriental que tenía lugar en aquel plato de los Estudios Cinematográficos Eastern, de Hong Kong, se interrumpió en ese momento, dispersándose los «perversos» luchadores y el «héroe», todos en amigable camaradería, en dirección a la cafetería o al restaurante de los estudios, para aprovechar la pausa en el rodaje.

Frank Cole se detuvo ante su camerino. La puerta del inmediato se abrió. Asomó Mai Wong, su compañera de trabajo. La bella oriental, heroína del film de artes marciales en rodaje actualmente, le sonrió, enfundada en su bata estampada, de seda roja, que envolvía su figura, menuda y bien formada. Una abertura en su escote, demasiado profunda, revelaba la tersura suave y firme de sus pechos aceitunados. Los ojos almendrados miraron con curiosidad a Frank.

—¡Oh, perdona, Frank! —murmuró—. Creí que era Reagan. Tiene que traerme los nuevos diálogos de la escena del fumadero de opio…

—Vi a ese maldito tirano terminando su café en el restaurante —rió Cole de buen humor—. Tendrás que esperarle todavía un buen rato, seguro. Además, estaba cerca de él esa rubia *starlet,* la chica de los pechos gigantescos, Daisy Lee. Ya sabes cómo es Reagan cuando ve a una rubia con un torso generoso. No ve más allá. Como si el resto del mundo no existiera…

—No tienes que decírmelo —también rió Mai Wong de buena gana—. En fin, esperaremos. Luego espero que Reagan no me dé gritos por tardar en aprenderme los diálogos.

—Dios te oiga…, aunque lo dudo —dijo Cole con una franca carcajada, recordando la facilidad pasmosa de su director, Burt Reagan, para gritar a sus actores con cualquier pretexto.

Abrió su propia puerta y entró en el camerino, cerrando tras de sí. Dio las luces del tocador, y se miró en el espejo el maquillaje, por si estaba demasiado maltrecho.

Se quedó rígido, la mirada clavada en el espejo. Sus ojos centellearon, fijos en un punto de la angosta y bien iluminada cabina. Una expresión, mezcla de horror y de incredulidad, asomó al rostro anguloso y broncíneo del alto, atlético actor americano.

—¡Cielos!, ¿qué significa…? —jadeó, volviéndose bruscamente. Tan bruscamente, que derribó de encima del tocador un frasco de

masaje y un envase de *cold-cream,* que se hicieron añicos en el suelo.

La persona sentada en la butaca del rincón de su camerino, no se movió por ello. No dio señales de vida. No podía darlas. Estaba muerta.

Se veía su cuello roto, su cabeza inclinada de lado, sobre la tráquea y la columna vertebral partida ostensiblemente. Aquel golpe mortal había terminado con su vida.

Era una mujer. Una bella mujer eurasiática, de cabellos negros, sedosos, de rostro de porcelana, ojos rasgados, vidriados por el horror de la muerte… Sus manos crispadas pendían a lo largo de su cuerpo Inmóvil.

Frank Cole jamás había visto a aquella mujer. Pero estaba en su cuarto. Muerta. Asesinada, Con un golpe mortífero en su cuello.

Cole era un experto en la materia. Aquél era un golpe de karate.

# CAPÍTULO II

—Un golpe de karate… —Cole repitió sus propios pensamientos en voz alta, mientras se inclinaba sobre el cadáver femenino, examinando la singular belleza, frágil, y quebradiza, de la dama desconocida. Pero… ¿quién? ¿Por qué?

Observó su gesto de terror, petrificado, sin duda, al sufrir el ataque mortal. Puso las yemas de sus dedos en las vértebras cervicales y en la tráquea. Comprobó lo que temiera inicialmente. Un solo golpe había bastado. Seco, brutal, despiadado.

Frank Cole se estremeció. Como practicante de artes marciales, su mente rechazaba de plano toda idea de violencia, de crueldad, de ferocidad. Y más aún si esos métodos de lucha se aplicaban a un crimen. Pero a veces, los luchadores de artes orientales no eran personas mentalizadas para un uso noble y generoso de tales medios. A veces, no sólo en las películas había asesinos karatekas, por desgracia para los principios de quienes hacían de ese medio de lucha una educación mental y física, y no un arma criminal o violenta para el mal.

Pero había de afrontar crudamente la realidad. Un karateka, sin duda, había entrado en su camerino. Y había matado allí a aquella desconocida.

—¿Quién será ella? —se preguntó Cole, buscando en vano un bolso, algo donde pudiera haber documentos o medios de identificación. Ni siquiera vio bolsillos en su vestido. Luego, los ojos de Cole se clavaron en las manos apretadas, crispadas, de la infortunada joven.

La mano derecha estaba medio distendida. Pero la zurda, fuertemente oprimida, llegaba a clavar las uñas de sus dedos en la palma de la mano. Algo, un leve brillo amarillo, aparecía entre los

dedos de la muchacha muerta. Cole se sintió intrigado.

Tomó esa mano. Suave pero firmemente, presionó, tirando de los dedos. Logró apartarlos, con algún trabajo. Algo cayó de la mano de la muchacha, en la alfombra de goma del camerino.

Cole se inclinó, recogiendo el objeto. Lo contempló, intrigado.

Era un pequeño dragón. Un dragón de color dorado. Posiblemente de oro, o con un baño de ese metal. No mayor que un pequeño tubo de tabletas o que el dedo meñique de una persona. Podría ser el colgante de un collar o cualquier cosa parecida. Lo guardó en su bolsillo, sin darle mayor importancia.

Luego fue a su tocador. De la mesita contigua descolgó el teléfono. Pidió línea a la operadora de los Estudios Eastern Films. Marcó luego un número.

—¿Departamento de policía? —preguntó, seco—. Aquí Frank Cole, de Estudios Cinematográficos Eastern. Les ruego vengan lo antes posible. Hay un cadáver en mi camerino. Sí, oyeron bien. Un cadáver. Una mujer a quien no vi nunca antes de ahora. Está muerta, en efecto. Juraría que de un golpe de karate que quebró su cuello…

Colgó, sin esperar a más. Luego se encaminó fuera del camerino. Asomó al corredor. Pasaba un empleado de los estudios. Le detuvo.

—Avise al señor Reagan —pidió—. Es urgente. Ocurre algo grave, dígaselo.

Luego esperó, parado ante la puerta de su cabina. Cuando Reagan llegó, su vozarrón atronó el corredor de los estudios, mientras se aproximaba a Frank:

—¿Qué diablos ocurre, Cole? ¿Qué es eso de que te pasa algo grave?

—A mí, no —rectificó suavemente el actor, con fría mirada—. Venga, por favor. Es en mi camerino, Burt. Algo terrible…

—¿Terrible? —jadeó el director cinematográfico, enarcando las cejas—. ¿A qué te refieres?

El camerino de Mai Wong también se abrió. Asomó la bella actriz oriental, con gesto de sorpresa ante las voces de Reagan. Miró a ambos, intrigada, y llegó a tiempo de escuchar las palabras escuetas de Cole, mientras éste abría la puerta de su camerino:

—Se trata de una mujer desconocida, Burt. En mi camerino. Está muerta. Creo que la han asesinado…

Mai Wong lanzó una exclamación, apresurándose a unirse a ellos. Cole la retuvo, con gesto grave.

—No, por favor —pidió—. Vale más que no entres tú. No es nada agradable…

—Soy una mujer entera, Frank —objetó ella, con gesto ofendido —. Te aseguro que no pienso desmayarme… ¿Cómo es posible que una desconocida entrase en tu camerino sin ser vista…, y alguien la matara ahí dentro? No tiene sentido, Frank…

—Lo sé. Pero es, exactamente, lo que ha sucedido. Ven, puedes verlo, si lo deseas. Espero que seas, realmente, todo lo fuerte que has dicho.

Pasaron todos al interior. Reagan balbuceó algo entre dientes, contemplando con ojos dilatados el cuerpo inmóvil. Mai Wong dio unos pasos, con aire aturdido, la mirada fija en la muchacha muerta.

—Tiene algo de oriental —murmuró—. Pero evidentemente, hay mezcla de razas…

—Sí, pienso lo mismo, Mai —asintió Cole, sombrío—. Mirad su cuello…

—Roto —suspiró Reagan, frotándose el mentón, con gesto abatido.

—¿Crees que pudo ser de un golpe? —sugirió Mai Wong—. No hay hematomas…

—Eso indica que fue mediante un hábil golpe con la mano. Karate o Kung-Fu. No me gusta esto.

—A mí tampoco, Frank —confesó de mala gana Reagan. Miró a su actor—. ¿Seguro que no la conoces de nada?

—Totalmente, Burt —asintió Frank Cole, ceñudo—. Es la primera vez que la veo.

—En los estudios sólo entra el personal artístico y técnico. O los invitados con permiso especial de la productora. Han de usar un pase para cruzar el acceso, tú lo sabes. No puede ser una vulgar cazadora de autógrafos. Ni una admiradora tuya, Frank. No le hubiesen permitido llegar hasta aquí.

—No tiene que decírmelo. Lo sé tan bien como usted, Burt. Pero lo cierto es que ella está aquí, y no lleva el distintivo plástico de control adherido a su vestido, como es obligado aquí dentro.

—Tal vez su asesino la despojó de él. O ella lo perdió, si estaba

asustada. —Reagan examinó el gesto de la difunta—. Realmente, creo que tenía mucho *miedo* cuando la atacaron.

—Sí, eso parece. Tal vez sabía lo que le esperaba… —Cole sacudió la cabeza, con aire sombrío—. En fin, no podemos hacer nada. Esperemos a la policía, Burt.

—¿La has llamado ya?

—Apenas hallé el cuerpo. Conozco mis obligaciones como ciudadano —les invitó a salir—. Vayamos fuera. Cuando menos removamos esto, tanto mejor. La policía querrá ver las cosas en orden y sin que nadie obstaculice su trabajo.

Salieron. Solamente unos siete u ocho minutos más tarde, la sirena policial penetraba en el recinto de los estudios cinematográficos. Reagan la escuchó, con un estremecimiento. Luego sacudió la cabeza, contrariado.

—Olvidad el rodaje por hoy —refunfuñó—. Creo que ninguno estamos en condiciones de continuar el trabajo. Notificaré la suspensión hasta mañana…

Frank Cole no respondió. Estaba pensando en la muchacha desconocida, muerta en su camerino. Y en un pequeño dragón de oro que manoseaba, distraídamente, en el fondo de su bolsillo, y del que nada había dicho a su director ni a su compañera de trabajo.

La duda era en estos momentos otra. ¿Se lo debía decir a la policía?

Tal vez fue un error.

Pero no se lo dijo a la policía. Ahora, mientras regresaba a su *bungalow,* en la zona residencial de Hong Kong más próxima a los estudios, iba pensando en ello.

Era una locura andar ocultando pruebas. Ni siquiera sabía por qué se guardó aquel dorado objeto diminuto, y menos aún por qué ocultó su existencia a la policía. Podía estar relacionado de alguna forma con el crimen. Porque crimen había sido, a juicio del médico forense de la policía, el doctor Tsai. Un golpe mortal, seguramente de karate, quebró el cuello de la muchacha, causándole la muerte instantánea, Cole conocía bien ese golpe de muerte. Practicando karate, solamente se marcaba, sin llegar a tocar al adversario.

De algo estaba seguro Cole, mientras conducía su automóvil, de regreso a casa, en la tarde ya oscura, casi anochecido. Allá abajo, en la bahía, las luces festoneaban la orilla del mar. En las colinas de

Hong Kong, también brillaban luces salpicando sus laderas residenciales.

El budoka, o practicante de las artes marciales que además, se halla imbuido de su espíritu, tiene un código de honor y de dignidad. El karateka nunca emplea sus conocimientos en la violencia ni en el ataque. Como máximo, se defiende de los demás. No pudo ser ése el Caso de la muerte de una joven frágil y sin armas. La mataron intencionadamente. El crimen no podía ser obra de ningún budoka auténtico. De eso estaba bien seguro Frank Cole. Pero el autor de esa muerte conocía a fondo los secretos del karate.

—También los asesinos aprenden artes marciales —suspiró, hablando consigo mismo—. Eso lo explica todo. No sólo esa joven se infiltró en los estudios, burlando los sistemas de seguridad del recinto. También el asesino…, a menos que estuviera ya *dentro* de él.

Y recordó los numerosos extras contratados para las escenas de lucha. No todos eran quizá lo que parecían. Podía haber uno entre ellos, uno solo, que no fuese un luchador leal, un hombre íntegro, educado en la doctrina humanística de los karatekas. Y en tal caso…

—En tal caso, ese solo individuo, diferente a los demás…, mató a la chica. Pero ¿por qué? ¿Por qué…?

No había respuesta. Frank Cole viró en una amplia avenida arbolada, en dirección al distrito residencial donde habitaba. Justo entonces, los faros del otro coche lo hicieron tras de él.

Miró por el retrovisor, repentinamente tenso. Ya le había resultado sospechosa la presencia del automóvil oscuro, color azul cobalto, en pos de su deportivo «Jaguar». Pero lo atribuyó a coincidencia en el trayecto. Ahora, esa coincidencia empezaba a resultar excesiva. Desde la salida de los estudios, llevaba tras de sí ese automóvil.

Intencionadamente, redujo la velocidad. Notó que el otro le imitaba. Aceleró casi en el acto. Y el seguidor aceleró.

Cole apretó los labios, con una fría mueca. No le gustaba ser seguido. Y menos, después del asesinato de una mujer en su propio camerino.

Con una idea repentina, metió los frenos de su coche, justo frente a un establecimiento de libros y publicaciones. Detuvo el

vehículo junto al bordillo, y esperó, tenso.

El coche azul cobalto pasó raudo, a su lado. Se perdió en la distancia. Cole respiró aliviado. Quizá, después de todo, se había equivocado.

Bajó del coche. Adquirió unas revistas cinematográficas y una novela de evasión, regresando a su «Jaguar». Emprendió la marcha de nuevo, a mediana velocidad.

Cuando alcanzó la siguiente curva en la alameda, y enfiló la recta línea asfaltada que conducía al grupo de *bungalows* donde se hallaba el suyo, una ojeada al retrovisor le demostró que todo seguía igual.

Dos faros apuntaban a su coche, desde detrás. El automóvil azul cobalto había surgido de entre dos edificios, situándose en pos del suyo. La persecución continuaba.

Cole no dudó un momento. Por naturaleza, distaba mucho de ser agresivo. Sus principios de budoka, de hombre adiestrado en las artes marciales, dentro de sus reglas de caballerosidad y respeto a los demás, de autocontrol y de serenidad absoluta, le hacían rehuir siempre toda iniciativa violenta. Pero no le gustaba ser seguido. Quería averiguar lo que sucedía.

De súbito, cruzó el coche en la carretera, en diagonal, bloqueando el paso al seguidor color azul cobalto. Rápidamente, abrió la portezuela y salió a exterior, deteniéndose ante los faros del otro coche. Este tuvo que frenar, con un largo chirrido, quedándose inmóvil.

—¡Eh, ustedes! —pidió Frank con voz fría, cortés—. ¿Esto es casual, o no?

Las portezuelas del automóvil azul se abrieron. Las cuatro a la vez. Y vomitaron a cuatro hombres simultáneamente.

Era como en las películas que Cole interpretaba para la Eastern. Pero con la diferencia de que ahora no había cámaras ni focos. No era una película.

Además, los cuatro hombres, cuatro orientales vigorosos, de trajes oscuros europeos, iban armados. Cole observó los dos revólveres provistos de silenciador en las manos de una pareja. Y la cadena y la barra de hierro en las manos de los otros dos.

Vinieron hacia él los cuatro, sin responder. Su actitud era elocuente.

Iban a atacarle. El no llevaba armas. Sólo sus brazos y piernas. Eran todos sus recursos para enfrentarse a cuatro agresores armados.

—Es mejor que se entregue —avisó uno de ellos con tono glacial —. No oponga resistencia. Le necesitamos. En caso contrario…, nos veremos obligados a matarle aquí mismo.

Cole sabía lo que eso significaba. Si se rendía, sería muerto igualmente. No podía tener demasiadas ilusiones, después de la muerte de la muchacha. Por el motivo que fuese, su vida no valía ahora un centavo.

—Lo siento —dijo Cole—. No hay trato.

Los cuatro orientales permanecieron silenciosos. Avanzaron los individuos de la cadena y de la barra de hierro. Los de las pistolas silenciosas se limitaban a cubrir a estos dos. Cole entendió con rapidez. De momento, les interesaba cazarle vivo. Algo necesitaban preguntarle. Algo que quizá podía salir mal, si le mataban. Iban a golpearle brutalmente. Si eso fallaba le matarían.

Silbó la cadena en el aire, dirigiéndose velozmente hacia él, en un impacto brutal.

Frank Cole no necesitaba evocar sus papeles en la pantalla cinematográfica. Era un experto karateka, por encima de todo. Eso le había llevado al cine, con la ayuda de su físico.

Ahora ya no era el actor ante las cámaras. Era un luchador acosado, en peligro. Frente a enemigos armados, dispuestos a todo.

El golpe iba dirigido a su cabeza. La cadena silbó en el aire, dirigida hacia su cráneo vertiginosamente. Si llegaba a hacer impacto, el chasquido del hueso quebrado sería espeluznante. Y mortal, por supuesto.

Solamente la increíble vivacidad de reflejos de Cole, pudo salvar su vida de aquel ataque mortífero. Todo ello, al servicio de una técnica perfecta. De una mente fría y serena, que difícilmente se alteraba ante nada.

Rápido, casi como movido por un centenar de resortes electrónicos encerrados bajo su epidermis, Frank Cole movió su propio brazo contra el adversario. Le lanzó un golpe de *tajo* sobre la muñeca, al mismo tiempo que retiraba su cabeza lo más lejos posible, hacia el lado opuesto, con una rotación inverosímil de su bien entrenado cuello.

Su golpe de *tajo* paró en tal forma el impacto lanzado por su atacante, que se detuvo en seco la mano en el aire, enarbolando la temible cadena ruidosa, girando amenazadora sobre los cabellos del joven actor americano.

Sin que mediara ni una décima de segundo entre una y otra acción, Cole adelantó el pie derecho, llevándolo hacia atrás de la pierna derecha de su adversario, momento preciso que aprovechó para descargar una patada de talón en la pierna izquierda del mismo. Eso le hizo perder el equilibrio al agresor de la cadena, mientras Cole había procurado girar levemente su cuerpo hacia la izquierda, sin soltar la mano del atacante, frenada por su acción.

Cayó el contrario con toda facilidad, al describir Cole un movimiento giratorio, ayudado por otro oscilatorio de la cadera. Parecía una maniobra sencilla, pero cualquier experto sabía la gran práctica y rapidez de reflejos y movimientos que precisaba para ser eficaz.

Sin embargo, aquello era sólo el principio. Un segundo o dos había durado toda esa pugna, mientras los otros atacantes se hacían inevitablemente más peligrosos para la integridad física de Cole.

Pero Cole era un experto en la tarea de enfrentarse a varios enemigos simultáneamente, ya fuese en el gimnasio, ya en los *sets* cinematográficos, ante las cámaras, con auténticos luchadores especializados en artes marciales.

Ello le permitió, casi simultáneamente, practicar su segundo contraataque, dirigido esta vez al hombre de la barra de hierro. No había dado la espalda en ningún momento a los dos armados de pistola con silenciador, y menos aún al de la cadena, ya abatido en tierra, entre espasmos de dolor que le inutilizaban. Ahora, notó que el de la barra de metal estaba a su espalda…, e iba a descargar el contundente objeto en su cráneo.

Lo había previsto todo. Le dejó acercarse, incluso, como si nada temiera. Inmediatamente, su pierna se disparó. El impacto de talón, seco y durísimo, alcanzó en la rótula al hombre, que exhaló un gemido de dolor, doblándosele las piernas. Cole, sin perder momento, había alzado la otra pierna, apenas puso la anterior en tierra. Su nuevo impacto de talón fue esta vez como un martillazo brutal a los testículos del agresor con intenciones homicidas.

Con un aullido exasperado, el atacante soltó la barra, que resonó

pesadamente en el pavimento callejero, y el cuerpo humano chocó igualmente en el suelo, revolcándose en medio de atroces dolores. Cole hubiera podido matarle, de haberlo deseado así. Pero su sentido de la ética y de la rectitud eran demasiado grandes, para matar sin necesidad. Cierto que ellos eran asesinos, profesionales del crimen, que utilizaban armas contundentes, mortíferas, en su oficio criminal. Pero él no podía descender a tal nivel. Su propia superioridad como luchador, sus principios de nobleza y honestidad, su sentido de la disciplina física y mental, la cortesía con el adversario, su simple necesidad de la defensa propia o la protección del desvalido, estaban en contraposición ante cualquier idea de la violencia gratuita o de la muerte innecesaria. Frank Cole, ante todo, como un personaje shakespeariano, era fiel a sí mismo y a su educación de luchador. Había aprendido a ser generoso, noble y honesto, sobre los suelos de los gimnasios y en las doctrinas limpias de los budokas. Eso podía trasladarse a la vida real. Incluso en algo tan sórdido y terrible como podía serlo la lucha por la vida, contra cuatro asesinos dispuestos a todo.

Ahora quedaba lo peor. Apenas dos segundos de lucha, y aún estaban allí dos enemigos armados con pistolas provistas de silenciador, mientras los dos más cercanos adversarios habían sido reducidos a la incapacidad casi total.

No era lo mismo luchar contra una cadena y una barra de hierro que contra dos armas de fuego a una relativa distancia corta. Al menos, en teoría.

Pero ese principio lógico podía fallar, cuando se trataba de un karateka como Frank Cole. Y, desde luego, falló también en este caso.

Hubo un doble grito ronco en los dos orientales armados de pistola, al advertir con qué pasmosa facilidad, el americano se había deshecho de sus dos más directos contrincantes. Luego, tras un instante de vacilación, alzaron sus pistolas hacia Cole.

Este había previsto ese momento fugaz de duda en sus enemigos. Era previsible, casi lógico. Y esa relativa lógica, no fallaba habitualmente.

Esta vez tampoco falló. Su cuerpo trazó en el aire un perfecto, elástico *salto del tigre,* metiendo su cabeza contra el pecho, para evitar cualquier posible lesión en el tórax, al tiempo que su

garganta emitía el ronco, desgarrado, electrizante grito:

—¡Kiai!

Parecía como si filmase una nueva escena para la pantalla. Pero no era una filmación. No fingía. Sencillamente, pasaba al ataque para defender su vida en peligro.

Al caer ante su adversario, a cortísima distancia, bajó los brazos con rapidez de auténtico relámpago, al tiempo que daba un giro al cuerpo hacia la izquierda.

Justamente al bajar sus brazos y ejecutar el traslado del cuerpo, ya había sujetado con su zurda la mano armada, y al desviarse, la pistola llameó hacia la altura, sin tino alguno. Hubo un sonido apagado, como un zumbido seco, cuando la bala brotó, perdiéndose en las sombras de la noche de Hong Kong. Luego, cuando cayó la derecha y pegó de lleno en el arma, ésta saltó como algo vivo de entre los dedos de su enemigo. El impacto del canto de su mano, había dado duramente en el alargado cañón, justo en el punto preciso para desarmar al criminal.

Quedaba un solo adversario, justamente cuando el desarmado rival recibía un impacto de talón en el hígado, y se doblaba, con un jadeo, cayendo de rodillas primero, y luego de bruces en el húmedo asfalto, tosiendo secamente, incapaz de reaccionar. Y ese adversario, pese a ir armado también de pistola, tuvo una reacción imprevisible para Cole, aunque quizá justificada ante lo que sucedía. Al ver a sus tres camaradas abatidos tan fácilmente por Cole, en unos escasos instantes —quizá menos de cuatro o cinco segundos en total—, en vez de intentar algo, miró con terror a su solitario enemigo, y echó a correr disparando alocadamente su arma, con la intención quizá más de frenar que de herir al temible contrincante.

Frank se detuvo, oyendo silbar la bala lejos de él. No intentó perseguir al fugitivo ni cobrarse una cuarta pieza. Estaba muy por encima del orgullo y de la presunción. Una victoria no le envanecía lo más mínimo. En realidad, ser luchador era aceptar deportivamente la derrota o la victoria. En un simple juego, en una práctica marcial…, o en la propia vida. Así le habían enseñado, y así aceptaba las cosas.

Contempló a los tres individuos caídos a sus pies. Uno, el último, intentaba arrastrarse, dar alcance a su pistola. Se limitó a dar un

puntapié a ésta, alejándola algo más. Luego se inclinó. Le bastó un golpe seco en la nuca del caído. Este se quedó inmóvil, totalmente inconsciente.

Frank Cole se encaminó a una cercana cabina telefónica. Desde allí hizo una llamada a la policía, indicando el lugar donde estaba. Y algún detalle de lo sucedido.

# CAPÍTULO III

El teniente Chang, de la policía de Hong Kong, dejó a Cole frente a su *bungalow*, y apoyó sus manos, pensativo, sobre el volante. Los almendrados ojos del oriental revelaban cierta preocupación.

—Parece que va encontrando usted problemas por todas partes, señor Cole —suspiró bruscamente.

—Sí, eso parece —sonrió el americano—. Sólo es hoy. No lo entiendo, pero hasta ahora he vivido bastante tranquilo.

—Hasta hoy, señor Cole —repitió irónico el policía local—. ¿Qué tiene de especial el día de hoy para que todo haya cambiado?

—No lo sé. No conocía a aquella muchacha, la de mi camerino, ya se lo dije. Tampoco a esos hombres del automóvil. No puedo entender lo que ocurre.

—Pues resulta muy extraño. Usted ha estado otras veces en Hong Kong…

—Sí, con bastante frecuencia. Trabajo aquí con la Eastern, ya lo sabe.

—Y nunca le sucedió nada anormal.

—No, nunca. Bueno, excepto repetir casi media película, una vez que se quemaron los laboratorios de revelado de copias… —rió entre dientes Cole—. Pero eso no era grave. Lo peor ha sido lo de esa muchacha, en mi propio camerino…

—Lo suyo pudo ser grave también. Eran asesinos. Profesionales, señor Cole.

—¿Profesionales?

—Sí. Todos ellos. Los cuatro. El que escapó será encontrado quizá. Pero no importará mucho. No sabe ninguno por qué tenían que matarle. Sólo saben que tenían que hacerlo. Y que cobraban por ello. Ni un intermediario, ni una persona conocida. Nadie. Recibían

órdenes por correo. O por teléfono. Y el dinero en un apartado postal. Por ahí, nada de nada. Está alquilado a una empresa supuesta, que nunca existió en Hong Kong. ¿Se va dando cuenta?

—Sí. Casi un Sindicato del Crimen…

—Casi. Su misión era asesinarle. ¿Por qué, señor Cole?

—No lo sé. ¿Cómo quiere que yo lo sepa, teniente Chang?

—Porque recibieron la orden justamente esta tarde. Después de ser hallado el cuerpo de la muchacha en su camerino. ¿Qué opina de ello?

—¿Tengo que opinar algo? —Puso cara de ingenuidad Cole.

—Sí. Supongo que sí. ¿Seguro que no sabe nada de nada?

—Seguro, teniente.

—Resulta extraño… La chica se mete en su camerino, ellos la matan allá…, y ahora le siguen intentando asesinarle sin motivo aparente. Es como si fuese usted parte del juego, señor Cole.

—Quizá piensen que yo sé algo, o me confundan con alguien. Es la única explicación que se me ocurre, teniente.

Chang le miró, reflexivo. Sus ojos oblicuos tenían un brillo entre frío y astuto. Evidentemente, no se fiaba demasiado de él. Al final, se encogió de hombros y puso el motor en marcha.

—Está bien. Espero, por usted mismo, que no me engañe, señor Cole —murmuró entre dientes con evidente gesto malhumorado—. Piense que, si alguien peligra, ese alguien es precisamente usted… Y esa gente, sea quien sea, no parece andarse precisamente con bromas…

Puso el coche en marcha. Cole agitó su mano, correspondiendo a su saludo de despedida. Luego se encaminó a su vivienda, cruzando el pequeño jardín, entre setos bien cuidados. El teniente había insistió en dejarle en casa, pidiéndole que aparcase su coche cerca del lugar del ataqué sufrido, hasta el día siguiente en que lo recogiera, camino del estudio cinematográfico. Evidentemente, temía por su seguridad.

Cole entró en su *bungalow*. Apenas lo hubo hecho, cerró la puerta y la aseguró con un pestillo y la cadena, dando dos vueltas a la llave. Luego encendió todas las luces, asegurando las ventanas y comprobando que no había nadie en parte alguna.

Sus manos se hundieron en los bolsillos de su chaqueta, para depositar en una mesita, junto al televisor y el teléfono de su *living,*

el llavero y el encendedor con sus iniciales grabadas en oro. Habitualmente, no fumaba, porque sabía que era perjudicial para un budoka, Pero casi siempre llevaba consigo el encendedor, regalo de un viejo amigo de San Francisco.

Entonces encontró el pequeño objeto dorado, allá en el fondo de un bolsillo. El dragón de oro…

Arrugó el ceño. ¿Era éste el motivo de la muerte de la muchacha? ¿Podía serlo de la agresión sufrida poco antes en el camino?

Examinó la figurilla, pensativo. Un dragón rampante, con la peculiar faz monstruosa de la mitología oriental. Un objeto decorativo. Pero demasiado pequeño para resultar llamativo en una estantería. Le dio vueltas entre sus dedos, preocupado. No parecía tener ninguna otra utilidad, evidentemente. Era sólo lo que parecía: una simple estatuilla de metal, pesada y bien tallada, como una vieja miniatura china. Quizá era de oro puro, pero eso tendría que comprobarlo un experto. Él no lo era.

Lo dejó sobre la mesa, junto al teléfono. Luego miró pensativo al contestador automático, adosado al aparato. Mecánicamente, lo puso en funcionamiento, mientras se encaminaba al mueble-bar y, tras una breve tentación rechazó el brandy que su actual estado de ánimo le pedía, para elegir un simple zumo de frutas. Siempre era más sano en la vida de un deportista, de un luchador, de un hombre que entregaba su voluntad toda a la práctica de artes marciales, con todas sus consecuencias de disciplina, autocontrol y rigor en su propio modo de vivir.

El aparato funcionó, empezando a repetir las llamadas grabadas, mientras una suave música de fondo, procedente de un estéreo situado junto al bar, parecía contrapesar la magnética frialdad del repetidor telefónico.

Varias llamadas se desgranaron con ostensible vulgaridad. Y, de repente…

Aquella voz suave, melodiosa, casi confundida en matices con la melodía de fondo del tocadiscos, le sorprendió y sobresaltó. Nunca la había oído antes. Pero le produjo un extraño efecto que no supo explicarse:

«¿Señor Cole? Perdone que le telefonee… Casi me alegro de que no esté usted en casa ahora y deje estas palabras grabadas en el

contestador automático. Creo que será más fácil… Mucho más fácil para mí, seguro… Usted no me conoce. Nunca me vio antes de ahora. Pero necesito hablar con usted. Tengo que hacerlo. Lo hago de parte de… de un viejo amigo suyo de San Francisco… Mi nombre es Loto Shee… Le he visto en algunas películas. Es mi actor predilecto, pero… pero nunca hubiera imaginado que llegase a necesitar de usted en otro terreno. Ha sido su viejo amigo quien me lo dijo… Creo que recordará de quién se trata… Sí, su mejor amigo en San Francisco, recuérdelo… Su profesor de karate, el viejo gimnasio de Chinatown… ¿Recuerda, señor Cole? Él me envía a usted… Tengo miedo, mucho miedo… Necesito verle lo antes posible… Por favor, ayúdeme… Si puedo, iré hoy a los estudios, intentaré llegar hasta usted… No sé cómo, pero lo intentaré. Es grave, muy grave lo que me lleva… Mucho, señor Cole…, y nos afecta a todos. Incluso a usted…».

Ahí se cortaba la comunicación grabada. Y cuando Cole iba a cortar el grabador de llamadas, la voz ronca, sibilante, brotó ominosa del repetidor:

«Señor Frank Cole, sea prudente. No se meta en lo que no le llaman. Evite problemas. Si no lo hace así, lamentaría que pagara usted las consecuencias de su error. Piense que éste puede ser el último día de su vida. De usted depende. Sólo de usted… Si a las doce de esta noche estamos seguros de que no es un peligro para nosotros, estará a salvo. Si no es así…, lo lamentaremos mucho, pero será tarde. Demasiado tarde para usted…».

Cole escuchaba ese mensaje con ceño fruncido, la vista perdida en el vacío, su vaso de zumo de frutas en la mano. Súbitamente, miró su reloj electrónico. Con una precisión matemática, señalaba las doce de la noche menos diez segundos…

No supo lo que pasaba por su mente. No supo lo que le sucedía. Pero de súbito, todo su ser pareció ponerse en funcionamiento urgente, movido por el destello de una luz roja en el fondo de su cerebro.

Tiró el vaso de zumo violentamente, aferró con una mano el dragón dorado de pequeño tamaño, y luego se precipitó en lo que parecía una loca carrera, a través de la sala. Pero su marcha era tan vertiginosa como flexible y acompasada. Músculos, nervios y tendones actuaban como mecanismos de enorme precisión, bajo la

acción de un motor central de increíble potencia y seguridad.

Luego, su cuerpo efectuó una pasmosa zambullida a través de un ventanal encristalado, la cabeza hundida entre los hombros para no sufrir heridas graves en ella, y cuando tocó en caída elástica, la alfombra de césped del exterior, rodó cuanto le fue posible por éste, y luego corrió vertiginosamente, hasta precipitarse en una nueva zambullida en las aguas de una pileta decorativa, situada en medio del jardín.

Inmediatamente, la casa, el *bungalow* de la zona residencial de Hong Kong, estalló en mil pedazos y fue alzado hacia los aires, en medio de una erupción casi volcánica, que dispersó pavesas, ruinas y un estruendo ensordecedor por todos los alrededores.

¡¡BARROOOOOOMMMMMM…!!

El teniente Chang le miró largamente. Sacudió la cabeza, con un profundo suspiro.

—¿Y ahora qué piensa decirme, señor Cole? —preguntó, sarcástico.

—¿Decirle? —Frank se encogió de hombros—. Nada, teniente. Absolutamente nada.

Tal vez no se lo crea, pero no puedo comprender las razones para que me ocurra lo que me ocurre. Nada de esto tiene sentido.

—Son demasiadas cosas, para no tener sentido. Esta vez ha volado su casa. Y, sin embargo, usted no estaba dentro del edificio, en el momento de suceder el siniestro. ¿Puede decirme la razón?

—Estaba en el jardín, paseando… —mintió fríamente el joven americano—. Acostumbro a hacerlo, para relajar mis nervios, tras una jornada de trabajo. Hoy, en especial, me sentía particularmente nervioso. Creo que había motivos para ello…

—Evidentemente —el policía oriental contempló con ironía las humeantes ruinas del *bungalow*—. Había motivos para ella… Pero por todos los diablos, señor Cole, ¿por qué podía desear nadie pulverizar su casa, a menos que quisiera hacerle volar a usted con ella? Y si es así… ¿por qué quiere deshacerse de usted, sea como sea?

—Sí, Frank —ceñudo, con gesto preocupado, el director cinematográfico Burt Reagan terció en la conversación, fijando en su actor una mirada perpleja, que distaba mucho de tener la habitual jovialidad en él peculiar—. ¿Qué es lo que te sucede,

exactamente? Todo comenzó con esa chica, la que mataron en tu camerino…

Cole no contestó. Estaba pensando precisamente en ella: Loto Shee… No podía citar su nombre, o ellos sospecharían que él estaba ocultando algo particularmente grave. La voladura de su *bungalow* había sido tan espectacular, que hasta sus compañeros de trabajo en los estudios, Reagan y Mai Wong entre ellos, estaban ahora allí, junto a la policía de Hong Kong.

—Hemos comprobado que el explosivo era una carga de plástico, conectada a distancia. Alguien accionó el mecanismo detonante, quizá por medio de una radiación electrónica altamente sensible —explicó con parsimonia el teniente Chang, paseando por el jardín—. Eso significa organización, señor Cole. No es el acto de una persona aislada, sino de un grupo u organización, capaces de introducirse en un estudio cinematográfico burlando toda vigilancia, matar allí a una muchacha, enviarle luego a unos asesinos a sueldo con la misión de matarle y, finalmente, si todo ello fracasaba…, volar su casa con usted dentro. Todo eso, nos conduce a una sola persona, un único objetivo: *usted*.

Se había quedado mirándole muy fijamente, con el gesto adusto, los ojos almendrados brillando con ironía y astucia. Cole sacudió la cabeza, mostrándose ingenuo.

—Es terrible, teniente. Lo sé. Pero no puedo poner las cosas en claro —y ahora no mentía, ni mucho menos—. Lo cierto es que no sé lo que ocurre a mí alrededor, maldita sea. Pero sea ello lo que pueda ser, sin duda equivocaron a su hombre. Yo nunca tuve nada que ver con nadie mezclado en asuntos peligrosos. Me gustaría ayudarles, teniente, puesto que parezco ser el más amenazado en esta locura. Sólo que… no sé cómo hacerlo. Le juro que no lo sé…

Cole se mantuvo callado tras hablar así. El teniente Chang suspiró, caminando hacia su automóvil. Las palabras salieron de sus labios como de mala gana, al tiempo que dirigía una ojeada pensativa a Reagan, erguido y ceñudo, junto a su bella actriz Mai Wong.

—Yo que ustedes, suspendería de momento el rodaje de esa película —dijo el oficial de la policía de Hong Kong—. O cambiaría el turno de rodaje, abandonando por unas fechas esta ciudad. Es sólo un consejo extraoficial, claro. Pero… vale la pena seguirlo.

—Sí —admitió Burt Reagan, arrugando el ceño más aún, y dirigiendo una ojeada a su actor—. Creo que tiene razón, teniente. Al menos en lo que se refiere a Frank Cole…, vamos a cambiar de aires por unas semanas.

—¿Cambiar de aires? —se sorprendió Cole, mirándole asombrado—. ¿A qué se refiere, Burt?

—Justamente a lo que he dicho. Nos iremos un tiempo. De regreso a San Francisco.

—¿San Francisco? ¿Por qué allí ahora, Burt? Nos falta rodar cuando menos una semana en exteriores, en Hong Kong, usted lo sabe…

—Parece que alguien más que yo sabe eso —rió entre dientes el director cinematográfico—. Será más saludable. Para ti y para todos. Estaremos un par de semanas como mínimo, rodando en San Francisco todo lo que había pensado rodar más tarde. Un simple cambio de planes. Economizaremos por otro lado los posibles gastos extra. Ese es mi problema, Frank, no el tuyo. Lo que importa es salvar el celuloide que hemos impreso ya. Y si esa pandilla de chiflados o lo que sean, terminan por hacerte pedazos, con explosivos o con golpes de karate, la productora va a gastarse mucho más en el asunto. Y recuerda que yo soy parte en la producción… Está decidido. Iremos a San Francisco mañana mismo.

—Mañana… —Cole iba a protestar. De pronto, recordó algo. Unas simples palabras en un grabador de llamadas telefónicas: «Su mejor amigo de San Francisco… Su profesor de karate, el viejo gimnasio de Chinatown…». Mentalmente, Cole recordó la venerable faz del noble oriental, su maestro e iniciador en las artes marciales. Un filósofo que veía en la lucha solamente una disciplina del cuerpo y del espíritu, una escuela de honradez, y caballerosidad y de humana perfección. El viejo profesor Fong, siempre joven, sin edad concreta. Joven de corazón, de cuerpo, de espíritu. Viejo en experiencias, en conocimientos. Y en amistad y ternura.

Tras un silencio, Cole meneó la cabeza afirmativamente.

—Está bien —dijo, sintiéndose observado por todos—. Vamos allá. Iré a San Francisco, puesto que usted lo decide así, Burt. Pero me sentiré como si fuese huyendo de algo o de alguien.

—Es posible, Cole, pero ¿de qué o de quién? —indagó el teniente Chang vivamente—. ¿No lo sospecha siquiera?

—No —resopló Frank—. No lo sospecho ni de lejos, teniente. Palabra de honor. Pero si esa gente lo pretende, tengo la impresión de que puede llegar con sus tentáculos hasta San Francisco…

—Pudiera ser —admitió Chang, pensativo—. Pero la policía americana tiene muchos más medios de protegerle que nosotros, llegado el caso. El señor Reagan obra prudentemente al tomar esa medida. Hágame caso: es lo mejor que pueden hacer. Al menos, por estas semanas. Les informaré si descubro algo nuevo, no lo duden.

—Gracias, teniente. —Reagan giró su mirada hacia Cole—. ¿Y bien? ¿Crees que tendrás tiempo de preparar un equipaje? Supongo que perdiste todo en ese *bungalow*…

—Sí, casi todo —sonrió Cole—. Pero no será problema, Puedo pasarme sin nada hasta San Francisco. Después de todo, aquélla es mi casa…

Y pensó de nuevo en el profesor Fong. El profesor Fong, su maestro de artes marciales.

Su viejo y entrañable amigo de hermético rostro amarillento, de almendrados ojos insondables…

Poco podía imaginarse Frank Cole que en aquellos momentos el destino de Fong volvía a encadenarse al suyo por una extraña jugarreta del destino. La última jugarreta para la vida del profesor Fong.

Significaba muerte violenta. Y su relación con otra persona a la que jamás viera Cole anteriormente. Una persona muy diferente a Frank Cole. Que, sin embargo, vería su destino curiosamente ligado al del actor cinematográfico de Hong Kong…

El destino del profesor Fong iba a significar; además, la aparición de un segundo dragón de oro, a muchas millas de la ciudad asiática, al otro lado del Pacífico…

# SEGUNDO DESTINO, SEGUNDO DRAGÓN

**(San Francisco)**

## CAPÍTULO I

La sirena policial no sonaba demasiado lejos. Tampoco los silbatos de los agentes de policía que iban tras de ella. Demasiado cerca, incluso, a juicio de la fugitiva que corría, jadeante, por las callejuelas intrincadas próximas a Chinatown.

Pero su agilidad felina, de auténtica pantera negra, era su mayor esperanza para salir del grave atolladero en que estaba metida. Los vehículos de la policía, tras la redada en Pacific Avenue, habían ido maniobrando en forma envolvente, para que los fumaderos de opio y los garitos que eran objetivo de la acción policial, quedasen dentro de la bolsa formada en el distrito. Ella no era fumadora de la droga opiácea, ni mucho menos una de sus traficantes o proveedores. Tampoco tenía nada que ver con las prostitutas de los locales cercados e invadidos por la policía, Pero tenía motivos para intentar eludir a la policía. Motivos muy concretos y personales.

Se detuvo, respirando agitada, en las cercanías de Washington Street. Apoyóse en el muro de un edificio industrial, herméticamente cerrado y oscuro a aquellas horas de la noche. Las

luces se reflejaban en el negro asfalto reluciente por la humedad. Una bruma grisácea y pegajosa se acumulaba sobre los edificios, difuminando en la distancia las luces y las figuras. Tal vez pudiera ayudarla ese factor en su evasión… si es que ésta podía tener éxito. Cosa que distaba mucho de ver segura la joven fugitiva de la piel color caoba suave y rizosos cabellos crepados, que recordaban la efigie popular de Angela Davis, su compañera de raza.

El sonido de las sirenas le llegó más lejano. Pero en cambio, captó pisadas rápidas y silbatos policiales, no muy distantes. Tomó aliento, y echó a correr nuevamente con la sorprendente elasticidad de aquellas piernas suyas, de felina musculatura bajo la epidermis de bronce oscuro. Los ceñidos *jeans* y la camisa gris a medio abotonar, no coartaban en nada sus felinos movimientos. Verla correr en la noche, de haber existido un tranquilo espectador en las solitarias calles de húmedo asfalto, hubiera sido un auténtico espectáculo. Como si una atleta, arrancada del *tartan* de un estadio olímpico, hubiera sido lanzada en plena carrera al asfalto de la ciudad. La misma agilidad, armonía y precisión de movimientos. Por otro lado, increíblemente veloz, como una auténtica gacela, quizá evocando a una atleta de su raza que hizo famoso ese apodo en las Olimpíadas.

Empezaron a asomar ante ella, en la neblina nocturna, luces rojas y verdes, signos orientales en vertical sobre los muros… Chinatown. Estaba entrando en el populoso y pintoresco Barrio Chino de San Francisco. Aquél podía ser su mejor escondrijo… o el cepo inapelable donde los policías le dieran caza sin remedio.

Pero la muchacha de piel oscura y facciones hermosas, no vaciló. No podía permitirse siquiera ese lujo. Tenía que seguir adelante, y tomar decisiones rápidas En caso contrario, caería en manos de los agentes que buscaban a la evasiva garza negra.

De modo que se adentró en Chinatown resueltamente. Algunos rostros amarillos la contemplaron con indiferencia al verla pasaren su vertiginosa carrera.

Eran gente que no se sorprendía fácilmente por nada. Aquellas máscaras orientales, a veces daban la impresión de no alojar nada detrás. Ni alma, ni sentimientos ni emociones. Nada. Absolutamente nada.

Sin embargo, ella sabía que no era así. Simplemente, eran

personas muy por encima de cualquier sensiblería. Muy lejos de todo interés por la vida y los problemas ajenos. Vivían y dejaban vivir. Querían ser ignorados. E ignorar a los demás. Extraños, sí. Pero ella los entendía bien. Quizá porque, aun siendo de otra raza muy diferente, donde todo era frío y cerebral en los seres de piel amarilla, era cálido y apasionado en los que, como ella, tenían la piel oscura, labios carnosos, formas agresivas, fuego en su sangre, hubiera deseado igualmente vivir en paz, olvidar y ser olvidada. No humillar a nadie, pero tampoco ser humillada. Eso parecía imposible. Siempre lo había sido. Ahora, incluso con nuevos conceptos sociales, con prejuicios derrumbados como castillos de naipes, seguía siendo igual. O muy parecido.

—¡Buscadla! —Sonó una voz masculina, dura y áspera, amplificada por alguna bocina eléctrica, en una calle inmediata a Chinatown—. ¡Es una de esas malditas negras agresivas! ¡Posiblemente sea una «Pantera Negra»! ¡O algo peor! ¡Dad con ella! Parece que hay antecedentes sobre esa fulana! ¡Los suficientes para meterla en una celda por largo tiempo!

Respiró ella con fuerza. Encajó las mandíbulas, casi fieramente. Sus ojos centellearon de rabia mal contenida. Las palabras, roncas, abruptas, escaparon de sus sensuales labios, casi como ráfagas de metralleta:

—¡Cerdos! ¡Yo no soy ninguna fulana! ¡No soy una criminal! ¡No pertenezco a ninguna casta! ¡Mis antecedentes fueron culpa vuestra! ¡Vuestra, y de otros como vosotros, que sólo aplicáis la ley a los que son de color diferente, a los que están en *ghettos* y barrios miserables! ¡Vosotros sois los culpables, malditos bastardos!

Y agitó su puño con rabia, ostensiblemente, aunque estaba sola en la calle bien iluminada a trechos, sombría por sectores, salpicada de letreros chinos y de escaparates donde se mezclaban las antiguas obras de arte de las viejas dinastías, con los menús exóticos de los restaurantes orientales.

Las pisadas sonaban cerca, taconeando el recio calzado policial sobre el asfalto negro y reluciente, quizá tras aquella misma esquina inmediata a su actual emplazamiento. Ella miró a uno y otro lado, en busca de algún lugar donde poderse ocultar con ciertas garantías de éxito. No lo encontró. La calle, desierta, ofrecía solamente puertas cerradas, ventanas herméticas, fachadas tan inmutables

como las facciones de los propios habitantes de aquel populoso barrio exótico de la ciudad californiana. Elegir un restaurante de servicio permanente, o un local destinado a la venta de bebidas, hubiera sido un error irremediable. Los agentes hubiesen encontrado fácilmente a su presa, acorralándola. Y ella no quería ser capturada. No deseaba ir a parar a una celda.

—¡No me echaréis la mano encima! —Silabeó, furiosa—. ¡Nadie va a capturar a Lena Tiger fácilmente, de eso estad bien seguros, polizontes!

Y justo en ese momento, cuando pretendía reanudar su carrera tras los breves segundos de respiro… aparecieron ellos.

Ellos… Eran tres. Vestidos todos de azul oscuro. Con su uniforme, su correaje brillante en la noche. Policías de San Francisco. La miraron. Uno de ellos esgrimía un revólver reglamentario. Ni siquiera la encañonó, quizá influenciado por su sexo.

—El juego ha terminado, gatita —dijo, limitándose a mirarla—. No nos hagas correr más. Nadie va a llevarte a la cámara de gas por esto. Sé buena chica y déjate arrestar. Es lo mejor para todos. Novamos a hacerte ningún daño, palabra.

Lena Tiger les contemplaba jadeante, su lengua rosada asomando por entre sus dientes blanquísimos y sus labios carnosos. Los ojos entornados, fulgurantes tras las sedosas pestañas. El cuerpo de la mulata se arqueaba como el de un felino al acecho, enarcando sus nalgas y trasero agresivamente, los pechos erectos apuntando hacia adelante, como dos proyectiles dibujados contra la seda anaranjada de su blusa desabotonada casi por completo.

—No —silabeó—. Nunca… Lena Tiger no se rinde fácilmente.

—No pongas las cosas difíciles, muchacha —suspiró el policía armado de revólver—. No tienes nada que temer. Posiblemente ni siquiera te envíe el juez por mucho tiempo a la cárcel. Sólo por tus antecedentes, por haberte evadido la otra vez… Pero no será nada grave, ya lo verás, Lena…

—¡Nunca! —gritó ella agudamente. Y cuando el agente estuvo lo bastante cerca de ella e iba a apoyar el cañón de su arma en el pecho de la joven, para persuadirla sobre la conveniencia de entregarse sin resistencia, ocurrió algo inverosímil.

Lena no hizo esfuerzo alguno. Su cuerpo continuó arqueado,

como en tensión. Se limitó a mover un brazo con destreza y celeridad. Sus dedos oscuros se cerraron en torno a la muñeca armada. Bastó un leve giro. El resto, lo hizo el impulso mismo con que se movió el agente hacia ella. Con una sencillez pasmosa, el corpachón del hombre uniformado describió una fácil voltereta en el aire, pese a su corpulencia, y terminó por aterrizar de espaldas en el asfalto, con un grito ronco de dolor y sorpresa, mientras su mano, casi dócilmente, abandonaba el arma, que iba deslizándose sobre el pavimento húmedo, lejos de su alcance.

Luego, los otros dos agentes se precipitaron sobre Lena, para reducirla. Ambos eran expertos luchadores, y dominaban el judo como parte integrante de su preparación física, en el desempeño de su deber.

Dirigieron con celeridad sus fuertes brazos hacia la mulata de hermosa arrogancia, convencidos de que ellos no podían ser sorprendidos, ya que su conocimiento de la lucha era óptimo.

Cometieron un grave error al minimizar la categoría de luchadora de su enemiga. Esta, al verse acosada por ambos hombres, escapó inverosímilmente de una complicada llave dirigida a su cuello, y de una hábil *kata* del otro policía, destinada a inmovilizarla lo suficiente para aplicarle las esposas.

Con una destreza inverosímil, el cuerpo elástico, color bronce oscuro, se evadió de su doble presa. Y con una simplicidad elegante, con una armonía de movimientos inconcebible, con una simple adaptación de sus conocimientos a la fuerza e impulso del contrario, se deshizo de ambos en menos de dos segundos. Lena no trató en ningún momento de frenar la fuerza de sus adversarios.

Por el contrario, se amoldó a ella, la condujo por el cauce que ella quería, e hizo de esa fuerza su mejor arma.

Asombrosamente, los dos policías saltaron por el aire, aparatosa, pero elásticamente, sin que ella pareciera hacer el más mínimo esfuerzo. Ambos cayeron en el asfalto, de modo contundente, quedando inmóviles. Aturdido el uno, casi inconsciente el otro. Sin daño grave. Pero reducidos con aquella pasmosa simplicidad que parecía ser la tónica en la forma de lucha de su femenino rival.

—Ahora entiendo… —jadeó uno de los agentes—. *Aikido*… La maldita… es una *aikidoka*…

Aikido. Era la clave. Lena Tiger dominaba el más representativo,

el más puro de los medios de lucha. Pese a su natural violento, su forma de pelear no podía ser menos violenta ni menos letal. Se limitaba, sencillamente, a aprovechar la furia y el poder enemigos para su propio beneficio. Pacífica, armoniosamente, había abatido a tres hombres, causándoles el mínimo daño, pero dejando sus cuerpos en tierra, sus sentidos embotados y su capacidad de reacción neutralizada con una facilidad inaudita. El *aikido* es el Arte Marcial capaz de tal prodigio. La violencia había estado en ellos, en los policías. Y ella encauzó esa violencia en su beneficio, sin otro recurso que poner su pericia y su habilidad al servicio de su propia defensa.

*Ai,* o Armonía; *Ki,* o Espíritu; *Do,* Conocimiento del Camino. O vía, tanto daba.

*Aikido:* «Conocimiento del Camino de la Armonía Espiritual». Era su significado real. Su sentido y esencia. Quien dominaba aquel Arte, se tenía que sentir necesariamente fuerte, poderoso, capaz de ser siempre más grande que su adversario.

Lena Tiger había terminado la rápida pelea con los tres policías. No esperó a más. En realidad, sólo buscaba huir. Huir de ellos, de la ley, de una celda… Era como el pájaro que no desea verse enjaulado. Lena había nacido en las calles. Se había criado en ellas. Deseaba tener alas, volar libre. Sabía que se extinguiría lentamente en la melancolía y la tristeza de un recinto cerrado. Era una lucha perdida de antemano, también lo sabía. Nadie vence indefinidamente a la ley y a la justicia. Pero mientras tanto, seguía libre. Era suficiente. Por lo menos, lo era para ella. No quería pensar en el mañana. No existía un futuro para Lena Tiger. Sólo el presente… Un duro, difícil y hosco presente. Pero era todo lo que tenía. Y estaba dispuesta a defenderlo con uñas y dientes.

—¡Por aquí, rápido! —Sonó una voz ahogada—. ¡Eh, tú, muchacha! ¡Aquí!

Estaba corriendo ya, con toda la elasticidad de sus largas y esbeltas piernas oscuras, torneadas como las de una perfecta escultura en bronce oscuro. Se detuvo un momento. Escudriñó en torno, vacilante, siempre desconfiada, siempre en guardia.

—¡Aquí! —insistió la voz—. ¡A tu derecha, pronto!

Miró hacia allá. Vio la puertecilla entreabierta, junto a una tienda de antigüedades chinas, ya cerrada. Alguien, una sombra,

agitaba su mano, invitándola a venir. Podía ser un riesgo. Pero había otros muchos en plena calle. Valía la pena intentarlo. Correr el riesgo. Lena era siempre arriesgada. Se lo jugaba todo a una carta.

También esta vez. Cambió de rumbo. Se lanzó hacia aquella puerta. La figura desconocida se hizo a un lado. Entró, jadeante. La hoja de recia madera se cerró tras ella, y chascó un cerrojo. Ya estaba hecho. Si era una trampa, la afrontaría. El que quisiera atacarla, podría sufrir un serio descalabro.

No era una trampa. Notó una proximidad humana. Alguien susurró en la sombra:

—Vamos, sígueme, muchacha. Ven a sitio seguro. Estás a salvo por el momento, no temas nada.

Echaron a andar por un corredor oscuro. Su compañero encendió una lámpara de bolsillo. El delgado hilo de luz barrió el suelo de piedra gris, algo húmedo. Siguió a su salvador, preguntándose en qué clase de nuevo problema se habría metido.

Por fin, apareció una claridad en alguna parte. Ella parpadeó al abrirse una puerta de delgada madera. Miró, sorprendida, el lugar donde se encontraba. Era un gimnasio oriental. Y también era oriental el hombre que la acompañaba. De edad avanzada, de ojos almendrados, de cráneo rapado, vestido con una prenda china, una túnica rojo oscura, con emblemas chinos bordados en plata. Le sonrió afablemente.

—Mi nombre es Fong —dijo—. Soy profesor de Artes Marciales, muchacha.

—Ya. —Lena estudió, desconfiada, el recinto destinado a enseñanza de los diversos métodos de lucha orientales. Luego, una ojeada a su compañero, le produjo cierto alivio. Era un hombre que inspiraba confianza, Y no sabía por qué—. ¿Tiene algún motivo para ayudarme a salir de mi atolladero?

# CAPÍTULO II

—Puede que lo tenga. Me gusta ayudar al desvalido, al que está en apuros. Quizá porque yo también me encontré alguna vez en una situación así, y me hubiera gustado ser ayudado por alguien…

—Esto puede costarle un disgusto. Los que me persiguen… son policías, profesor.

—Lo sé —dijo el anciano oriental entre dientes—. Te vi pelear con ellos. Te felicito. Eres una magnífica luchadora. Dominas muy bien el *aikido*. Pero algo me sorprende en ti.

—¿Qué es lo que le sorprende? —arrugó el ceño la joven y bella mestiza.

—Tu actitud. Tu comportamiento. Los que saben luchar dé ese modo, no acostumbran a ser violentos. Tienen otra filosofía de la vida. ¿Por qué te busca la policía? Me resisto a pensar que una muchacha que lucha así, pueda ser una delincuente…

—Pues lo soy, profesor. Lamento defraudarle. Ya lo era antes de aprender *aikido*. Luego, me hubiera gustado que mi vida fuese de otro modo. Pero ya era tarde.

—Nunca es demasiado tarde, si uno pretende que no lo sea —sentenció el profesor apaciblemente—. Ven, muchacha. Te ocultaré aquí. Luego trataré de ver a un amigo y hablar con él de tu caso. Seguro que podrá hacer algo por ti.

—¿Un amigo? —desconfió de nuevo ella—. ¿Qué clase de amigo?

—Es de tu misma raza. Se llama Dobkin. Teniente Dobkin, de la policía de San Francisco.

—¡Un policía! —Se sobresaltó ella. Sus ojos destellaron, y retrocedió, asustada—. No, no haga eso. El me encerrará… ¡No quiero perder mi libertad!

—El teniente Dobkin es algo más que un simple policía. Es un amante de la paz. Ayuda a un centro de rehabilitación de delincuentes… Un gran tipo, muchacha. Dime: ¿cuál es tu delito real? ¿Por qué te persiguen?

—Yo…, yo era una ladrona —suspiró ella, evasiva, respirando hondo—. La última vez que me cogieron, compartí mi celda con una muchacha japonesa, una chica muy lista, que se había regenerado en la prisión, y era bibliotecaria, practicaba deportes, lucha… Ella me enseñó el *aikido*. Dijo que cambiaría mi carácter, moldearía una mente nueva en mí…

—¿Y fue cierto? —sonrió el anciano profesor oriental.

—Muy cierto, profesor Fong —asintió ella—. Yo…, yo escapé luego de la prisión, tentada por otras compañeras, que llevaron a cabo una evasión muy bien planeada. Me arrepentí casi en seguida. Pero no tuve valor para retroceder, para entregarme… Me faltaban casi diez meses de cárcel. Con la pena por evasión, subiría al doble. Ahora, quizá sean ya dos o tres años, no sé. Me da miedo perder mi libertad. Eso es todo…

—¿Ya no piensas en volver a robar de nuevo?

—¡Cielos, no! —protestó Lena Tiger vivamente—. Me había colocado provisionalmente de camarera en un local nocturno, con nombre supuesto. Y tuve mala suerte. Esta noche, hubo una redada en la zona. Mi local de trabajo resultó ser un garito poco recomendable. Y me escapé para no ser sorprendida allí… ¡Oh!, profesor, no quiero seguir huyendo, pero…, pero tengo miedo de los muros de la cárcel. ¡No quiero volver allí!

—Tus delitos no son tan graves —meditó el profesor, pensativo—. Quizá no tengas que volver nunca a una celda, muchacha…

—¿Qué? ¿Qué es lo que ha dicho? —se asombró ella, mirándole con incredulidad.

—No te prometo nada. Es sólo… una idea —la miró pensativo. Había dulzura en su gesto, pero también firmeza. Y una rara, peculiar astucia en el fondo de sus centelleantes pupilas almendradas—. Pero puede resultar. ¿Cuál es tu nombre, muchacha?

—Lena. Lena Tiger —dijo ella.

—Bien, Lena —suspiró el profesor Fong, sacudiendo su cabeza, cuya piel calva brillaba como pergamino terso, a la claridad de las

luces tamizadas de su gimnasio en Chinatown.

—Ven conmigo. Voy a entregarte algo. Y te voy a indicar dónde puedes permanecer oculta, al menos por esta noche… Podrás dormir tranquila. Mañana… veremos lo que puedo hacer por ti, después de que te vea el teniente Dobkin. Creo que puedo hacer algo por ti. Algo que te facilite lo que tanto amas: la libertad definitiva, para que cambies de vida, de destino…

—No le entiendo bien, profesor…

—No importa. Mañana lo entenderás —la tomó por un brazo, suavemente, y la condujo, bajo las luces del gimnasio, en dirección a una escalerilla que ascendía a un altillo. Una vez arriba, abrió una puerta y entraron en un pequeño despacho amueblado a la usanza oriental, con abundancia de muebles lacados, lámparas chinas y grabados en seda. Se encaminó el viejo profesor de artes marciales hacia el fondo de la estancia, donde deslizó un biombo chino y levantó unas sedas chinas bordadas, revelando la presencia de una pequeña caja de caudales empotrada—. Espera un momento. Te llevaré en seguida adonde puedas descansar tranquila, lejos de todo riesgo. Pero antes, deseo hacerte depositaría de algo…

Abrió la caja, haciendo funcionar la combinación con rápidos dedos apergaminados. De su interior extrajo una cajita lacada, rectangular, color negro, salpicada de grabados rojos y dorados, representando dragones y paisajes miniados orientales.

—Toma esto —le ofreció—. No lo intentes abrir. Es mejor conservarlo así. Mañana, te diré lo que ha de hacerse con él. Pero por ahora, prefiero que lo conserves tú.

—¿Es… es valioso? —inquirió Lena, contemplando la bella cajita con admiración.

—Mucho —afirmó Fong—. Muy valioso. Quizá infinitamente más de lo que puedas imaginar, muchacha. Es posible que nunca vuelvas a tener en tus manos nada más valioso que lo que ahí se halla…

—Dios mío… —La bella mulata parpadeó, dando vueltas a la cajita, con aprensión—. ¿Por qué me hace depositaría de algo así? ¿No teme que… que se lo robe?

—No —los ojos oblicuos la miraron bondadosamente—. No lo temo. Sé que no lo robarás. Y yo rara vez me equivoco… Toma, llévalo ahí dentro. No lo saques de ahí ni lo muestres a nadie, bajo

pretexto alguno. Podría ser peligroso para ti.

Había tomado la cajita, metiéndola en una bolsita de seda oriental, que entregó a Lena. Ella la tomó por el cordón de seda, como un pequeño monedero. Parecía confusa.

—Tiene mucha fe en mí, para no conocerme —musitó.

—Tengo fe en el ser humano, hija —suspiró el profesor Fong—. Y sobre todo, en quien conoce la armonía espiritual, el amor profundo que encierra el *aikido*, como ciencia de la propia defensa, de la fuerza que existe y no sirve para el abuso ni la arrogancia… Ve en buena hora, Lena. Guarda ese objeto tan valioso hasta que yo te lo indique… si vivo para ello. Ahora toma esta tarjeta. Lleva un nombre y unas señas. Te bastará. Cuando llegues te alojarán sin preguntarte nada, sin pedirte nada a cambio. Es más, si algo necesitas, bastará que lo pidas, y se te dará. Ven conmigo.

El profesor la llevó a una puerta diferente a la usada para entrar allí. Apagó las luces del gimnasio previamente. Luego asomó a un callejón en sombras, largo y mal alumbrado. Desde la acera, señaló al fondo.

—Encontrarás allí una callejuela sin salida, un pasaje lateral a tu derecha. Verás una luz roja sobre una puerta. Aparentemente es sólo un almacén de exportación e importación de obras de arte. Pero es algo más. Allí te alojarán por esta noche. Mañana, sobre el mediodía, acércate por aquí. Te estaré esperando.

—Sí, profesor —asintió ella. Le oprimió con fuerza una mano huesuda y flaca. Luego besó la mejilla del anciano oriental—. Y gracias por todo…

Sonrió Fong, sacudiendo la cabeza suavemente. Lena taconeó presurosa, en dirección al lugar indicado, que no le fue difícil encontrar.

Y, ciertamente, al llamar allí, se encontró con algo más que un simple almacén de mercancías artísticas. Un rollizo oriental sonriente, borró toda desconfianza de su faz de luna llena, al ver la tarjeta que le entregara Fong. La condujo a través de una sala repleta de embalajes diversos, hasta un altillo donde le facilitaron un pequeño dormitorio confortable. Antes de dejarla sola, con la llave de la puerta en su poder, para mayor tranquilidad, dejaron sobre una mesita una bandeja de alimentos fríos, una lata de cerveza y una botella de leche. Al lado, en un billetero, descubrió

Lena algunos billetes de diez dólares, al menos una decena de ellos. Parpadeó asombrada, mirando al carilleno oriental.

—Pero… pero esto es demasiado… —musitó.

—Cuando el profesor envía a alguien, es porque necesita de nosotros —suspiró el hombre de cara de sonriente buda chino, encogiéndose de hombros—. Todo es para usted. Descanse tranquila. Los amigos del profesor Fong, son nuestros amigos. El centro de rehabilitación sabe hacer su trabajo, no lo dude.

Se ausentó, con una ceremoniosa inclinación, y Lena, una vez sola, aseguró la puerta, sentándose a comer, con gesto ávido. Sin embargo, sólo probó frutas y pescado, renunciando a la carne y la cerveza. Sabía que una *budoka* debía huir de la gula, del alcohol, de los alimentos fuertes. Lo había aprendido en la cárcel, gracias a aquella japonesa rehabilitada por las orientaciones de las Artes Marciales y sus principios de salud para cuerpo y espíritu, de rectitud de pensamiento y nobleza de actos.

Durmió aquella noche con una tranquilidad que jamás hubiera imaginado, y se sentía muy distinta cuando, al otro día, fue al gimnasio del profesor Fong, siempre sin separarse de su bolsito de seda, en el que iba la cajita de laca negra.

Llegó a la puerta del gimnasio, y empujó la puerta. Tintineó un juego de campanillas de cristal y latón, al franquearse paso por el gimnasio.

—¡Profesor Fong! —llamó quedamente, girando la mirada en tomo suyo—. ¡Profesor, soy yo, Lena Tiger!

Avanzó unos pasos, sin escuchar respuesta alguna. De pronto, se encendieron todas las luces en el local. Lena parpadeó, deslumbrada, y retrocedió, con una exclamación de alarma a flor de labios, intuyendo algo peligroso para ella en aquella maniobra inesperada.

Así era.

Exhaló un grito ronco de horror al descubrir al profesor Fong.

Estaba en medio del gimnasio, tendido sobre el suelo muelle donde enseñaba sus artes de lucha oriental a sus alumnos. Boca arriba, con los ojos vidriados, fijos en el alto techo del gimnasio.

Estaba muerto. Asesinado.

Sólo así podía explicarse que su cuello apareciera brutalmente hendido por un tajo que alcanzaba de oreja a oreja, degollándole de

modo feroz. El cuerpo, menudo y enjuto, yacía sobre un charco de oscura sangre, ya coagulada.

Lena aún no había salido de su horror, de su estupefacción, cuando a su espalda, algo frío, metálico, tocó su nuca, su costado y su espalda, simultáneamente. Supo que eran varias armas a la vez. Y que, aunque pudiera revolverse, librándose de varios atacantes, cualquiera de ellos podía matarla, disparando a quemarropa.

—No te muevas —dijo una fría voz autoritaria—. Estás arrestada, Lena Tiger. Sí, ese que contemplas es el cuerpo del profesor Fong, todo lo que queda de él. Le han asesinado. Y vas a tener que explicar muchas cosas, si quieres salir con bien de esto, no lo dudes… Te hablo en nombre de la ley. Si intentas algo, date por muerta.

—¡Yo no he hecho nada! —clamó ella—. ¡Yo no maté al profesor! ¡No sé nada de esto!

—Eso tendrás que demostrarlo, Lena Tiger —fue la helada réplica a su espalda—. No sólo se trata de la muerte del profesor Fong… A estas horas, desgraciadamente, un avión sobrevolando el Pacífico, estallará irremisiblemente, llevando en él a un amigo del profesor, un joven actor americano llamado Frank Cole… Y no podemos hacer nada por evitarlo… Lo único que puedo hacer, es intentar averiguar si tú formas parte de los asesinos mezclados en todo esto…

# TERCER DESTINO, TERCER DRAGÓN

**(Macao)**

## CAPÍTULO I

Cuando Kwan Shang tomó el reactor de TWA con destino a San Francisco de California, en el aeropuerto internacional de Hong Kong, una larga cadena de terrores, de angustias y de muerte quedaba atrás. Algo lejana, pero no demasiado. Intentando olvidarla, pero sin que ello fuera siempre posible.

Kwan Shang, más conocido por muchas personas con su apodo de Steel Hand (Mano de Acero), tomó aquel avión por simple casualidad. Hubiera podido tomar cualquier otro, pero tuvo que ser precisamente aquél, para que el Destino completase su extraña, dramática jugarreta, uniendo unas vidas hasta entonces muy alejadas entre sí, sin nada en común entre ellas, salvo determinado factor imprevisible.

Kwan Shang iba huyendo. Huyendo de sí mismo, tal vez. Pero huyendo también de otras cosas, de otras personas… Sobre todo, de *ellos.*

Se estremeció al recordarlo, mientras el reactor tomaba altura, dejando atrás la ciudad de Hong Kong, sus colinas y su bahía, para

adentrarse hacia el mar, en dirección a San Francisco. *Ellos*… No quería pensar en eso. Sin embargo, resultaba difícil no hacerlo. Estaban siempre presentes en su recuerdo. En sus pesadillas. En sus eternos temores.

Miró a su alrededor, a los asientos del avión que le distanciaba no sólo de Hong Kong, sino de su vecina Macao, la Puerta de China, el umbral hacia el inmenso continente amarillo, del cual el joven oriental escapaba ahora, quizá de modo definitivo.

Cualquiera, al verle huir, hubiera pensado en un político, en un descontento, evadido del régimen de Mao, en un joven chino de ideas anticomunistas. Y nada de eso era cierto, ni podía estar más lejos de la realidad.

Kwan Shang era un hombre totalmente apolítico. Jamás se había mezclado en nada, ni en favor ni en contra de sistema político alguno. No le perseguían los agentes del Gobierno, sino alguien que a él le preocupaba infinitamente más. Porque sabía que también la maldad de ese otro peligro situado tras de él, era mucho mayor que la de cualquier otro existente. Un político podía ser encarcelado. O podía morir, incluso. Pero había cosas que estaban más allá de la prisión y de la muerte, horrores que un occidental jamás podría imaginar, pero que una mente oriental conocía muy bien y sabía intuir a la perfección.

Después de todo, ¿qué sabían en Occidente de muchos de los grandes enigmas que todavía ocultaba al mundo la milenaria China, el gran país de las extensiones interminables, los remotos rincones, a veces ni siquiera hollados por el hombre, donde todo era posible?

Él hubiera podido explicarles muchas de esas cosas. Había nacido en el corazón mismo de un mundo distinto a todos, donde lo insólito era casi rutina, donde lo misterioso formaba parte de la propia atmósfera que uno respiraba. Donde el dolor, la agonía, la vida y la muerte, parecían tener otro significado…

Por ejemplo, ¿quién había oído hablar en Occidente de Aquel a Quien Nadie Puede Ver, pongamos por caso? ¿Quién sabía, fuera de las fronteras de China, y aun en muchas regiones, dentro del vasto continente asiático, lo que eran los Hombres Sin Rostro…, o los Adoradores del Dios de los Cien Dragones?

Enigmas eternos, misterios sin solución posible, perdidos en la noche de los tiempos, Mitos vivientes, que eran inmortales como los

propios dioses; poderes oscuros, que persistían en derredor, como maldiciones ternas…

Sí. Kwan Shang sabía mucho de todo eso. Y de algunas cosas más. Sabía lo suficiente para ser sacrificado a Aquel a Quien Nadie Puede Ver. Sus conocimientos de secretos inviolables de China, le convertían en un ser diferente a los demás. Su destino estaba dentro del continente chino, no más allá de sus fronteras. Y él lo sabía. Pero él había desafiado a su propio destino. No había querido admitir, con el fatalismo propio de su raza, que su destinó estuviese trazado de antemano, sino que él mismo se lo trazaría, según su voluntad y libre albedrío.

Pero eso significaba algo. Significaba huir. Evadirse de China. Y sentenciarse a sí mismo a muerte. Ser perseguido, acosado. Y ejecutado, cuando fuese hallado.

No una ejecución a la usanza oriental, no. Algo diferente. Lento, refinado, doloroso. Algo que podía durar uña eternidad. La muerte más lenta del mundo.

No le importaba. Había elegido su camino. A todo riesgo. Ya estaba hecho. Sin remedio posible. Había dejado atrás China. Cruzó la Puerta; Macao. Y saltó al mundo. A un mundo nuevo, diferente, que no le era desconocido por completo, ni mucho menos. Conocía la lengua inglesa, la portuguesa, la francesa… Conocía los hábitos y costumbres occidentales. Incluso él vestía como un occidental.

Joven, delgado, elástico y ágil como un felino, el fugitivo oriental ocupaba uno de los asientos de aquel reactor que hacía el trayecto Hong Kong-San Francisco, después de haber burlado, en el dédalo de callejuelas de Macao, a sus perseguidores más enconados. A… *ellos.*

Respiró hondo, contemplando a los demás viajeros. Una mescolanza lógica, de occidentales y orientales, se acomodaban en el Boeing 747 de la TWA. Cerca de él, un joven alto, atlético, bien parecido, de ojos penetrantes y tez bronceada por el sol, leía una publicación gráfica de temas cinematográficos. Vagamente, recordó aquel rostro. Era popular en las pantallas de Macao y de otros lugares. Un actor especializado en películas de acción. Se preguntó si sería tan buen karateka en la realidad como en la filmación. Sonrió para sí al pensar en ello. Para un hombre como Kwan Shang, experto en Kung-Fu, y cuarto Dan en Judo, esa interrogante

resultaba lógica, aunque quizá trivial en estos momentos, en los que debía preocuparse por temas mucho más graves y personales.

Siguió mirando a los viajeros. Cualquiera podía ser uno de *ellos*… O varios a la vez. Confiaba en haberles burlado, pero uno nunca podía estar demasiado seguro de eso con aquella clase de gente. *Ellos* eran diferentes a todos. Eran… algo más que humanos. Algo frío, cruel y despiadado, que sólo sabía destruir, aniquilar, servir a Aquel a Quien Nadie Puede Ver.

Y servir a Aquel a Quien Nadie Puede Ver… significaba cumplir las órdenes más perversas y deshumanizadas imaginables. Kwan Shang lo sabía muy bien. El mismo había estado a punto de convertirse en uno de *ellos*…

De pronto, la voz sonó, velada y chirriante, a bordo del avión:

—Señores, sólo nos quedan diez minutos de vida. La bomba estallará a bordo dentro de esos diez minutos, exactamente…

# CAPÍTULO II

Todos se volvieron hacia el que hablaba. Un instintivo movimiento de terror se originó a bordo, desde la cola hasta la proa del aparato. Unas mujeres chillaron histéricamente.

—¡Silencio! —ordenó con voz potente el que hiciera el siniestro anuncio—. Dejen que me explique. No ganarán nada con dar rienda suelta a sus nervios.

Kwan Shang contempló fríamente al que hablaba. Estaba éste erguido en medio del pasillo del avión. Empuñaba una potente pistola «Parabellum» en su mano derecha, y acababa de salir de la cabina de mandos del aparato. Era un oriental de rostro suavemente aceitunado y cabellos negros, de brillo grasiento. Vestía un temo gris impecable. Parecía decidido a todo.

—Hable —era el alto americano, el actor de cine especializado en filmes de karate el que levantó la voz ahora, con toda serenidad en su aire y en su tono—. ¿No se trata de ninguna broma?

—No, ninguna. Acaban de transmitir la noticia a tierra firme. Ya saben lo que sucederá, justamente a las once.

Miraron todos a sus relojes. Las, once menos nueve minutos y cuarenta segundos, exactamente. Kwan Shang tenía un cronómetro automático preciso.

—¿Es un acto de terrorismo? —quiso saber Frank Cole con tono glacial.

—¿Terrorismo? —El oriental se echó a reír—. No exactamente, en el sentido que usted le da, señor Cole.

—¿Me conoce? —Parpadeó el americano, sin inmutarse.

—Mucha gente le conoce, señor Cole. Usted es una de las razones por las que este avión debe volar en pedazos.

—¿Yo? —Cole enarcó las cejas, sin desviar sus fríos ojos del

rostro del oriental—. ¿Por qué motivo? Nadie gana mucho con mi muerte.

—Tal vez esté equivocado. Usted mismo se sentenció cuando hizo lo que no debía,

—¿Y qué es ello? Si he de morir aquí, estúpidamente, dentro de… nueve minutos, creo que no hay motivo para ignorar las causas de este horrible crimen en el que usted implicará a más de cien personas por completo ajenas a la cuestión.

—Ese caballero tiene razón —asintió Kwan Shang, saliendo de su mutismo—. ¿Por qué condenar a todos los demás, si sólo busca usted la muerte de él?

—No es el más indicado para hablar —rió entre dientes el oriental, volviéndose hacia él con gesto irónico—. Usted es *el otro* motivo para pulverizar este avión.

Kwan Shang no se sorprendió demasiado. Su rostro no reveló emoción alguna. Era una joven máscara de rasgos oblicuos, bajo los rebeldes cabellos oscuros.

—Aun así, pudo hacerlo mejor —replicó—. Por ejemplo, disparar sobre él y sobre mí. Eso reduciría el número de víctimas, suponiendo que usted pretenda ser el *kamikaze* de turno y morir con nosotros estúpidamente, en este juego brutal.

—Lo acertó. Estoy aquí para morir con ustedes —se encogió de hombros, tras su escalofriante confesión—. No tengo mucho mérito como *kamikaze.* Padezco leucemia…

Siguió un silencio tenso, mortal, en el avión que sobrevolaba apaciblemente el Pacífico, llevando la muerte a bordo. Cole preguntó:

—¿No espera que la bomba pueda ser desconectada todavía, en los minutos que quedan?

—Imposible. No hay tiempo. Ustedes no se moverán. No sabe nadie dónde está, excepto yo. Y tras Informar a tierra, he destrozado el emisor de a bordo. No hay contacto. Sólo hay que esperar.

—Esperar… a morir —suspiró Kwan. Cambió una mirada con Cole. Ambos parecieron entenderse. Aun así, Kwan Shang preguntó al oriental armado con la «Parabellum»—: ¿Eres uno de… de *ellos*?

—*¿Ellos?* —Parpadeó el suicida, mirándole pensativo—. ¿Quiénes son *ellos*?

—¡Oh, no Importa! Olvídalo —volvió a mirar al americano—. ¿Sabe por qué nos ocurre esto, Cole?

—Tengo una ligera idea —murmuró el karateka secamente—. Pero en esa idea, no entra usted, sea quien sea, amigo. Creí que era algo estrictamente personal…

—Y yo pensé en otra posibilidad mucho más compleja —confesó Kwan Shang, pensativo, mientras las miradas de los demás viajeros, angustiadas, se fijaban en ellos y en el extraño *kamikaze* enfermo de muerte. Tras un silencio, se encogió de hombros—. Lo cierto es que no logro saber por qué usted y yo hemos sido elegidos a la vez…

—Nuestro verdugo podría explicárnoslo —suspiró Cole, mirando su reloj. Eran ya las once menos siete minutos y cincuenta segundos —. Ya dije antes que no significaría gran cosa, habida cuenta de que hemos de morir todos aquí, y sólo podríamos repetir lo que oyéramos, a nuestro Supremo Juez, en el Más Allá…

—Eso es cierto —admitió Kwan Shang, con la misma sangre fría impresionante con que se expresaba el americano. Miró al oriental provisto de la pistola «Parabellum»—. ¿No podemos saber nosotros dos la causa de este atentado en el aire, que va a costar, además, tantas otras vidas humanas, totalmente ajenas a nuestra posible culpa?

El suicida vaciló. Sus ojos almendrados parecieron humanizarse ligeramente. Más de cien rostros vueltos hacia él, eran como una enorme interrogante, a la vez que Cole y Kwan Shang esperaban respuesta a su pregunta.

Tras una corta pausa, cargada de electrizante tensión, en aumento a cada simple tictac del reloj, la voz del terrorista sonó crispada:

—Trabajo a sueldo. No tengo nada que ver en el asunto. Ni me beneficiaré de él. Voy a morir con todos cuantos están a bordo, ustedes lo saben. Moriría de todos modos, no más tarde del próximo mes. Pero hay una diferencia: con esto, mi esposa y mis dos hijos tienen asegurado su futuro. En cuanto este avión estalle… recibirán una cartilla de ahorros con cincuenta mil dólares. Es cuanto necesitan para vivir felices cuando yo falte.

—Entiendo —asintió Cole—. Su esposa y sus hijos… a cambio de casi ciento cincuenta seres humanos que también tienen esposas, hijos, padres, hermanos…

—No vamos a discutir eso —cortó abruptamente el suicida, agitando con ira su mano armada, como si le molestara el tema—. Querían saber los dos lo que sucede. Bien, se lo diré. Pero sólo en la medida de mis conocimientos, más bien escasos. Y que nuestro común viaje a la Eternidad sea lo más suave posible… Usted, señor Cole, debe morir porque se apoderó de algo que no debe estar en sus manos. Algo que no le pertenece. Y que significa mucho para alguien… En cuanto a usted, Kwan Shang, recuerde sus últimas horas en Macao…

—¿Qué debo recordar? —Pestañeó el joven chino—. Apenas si estuve allí dos días…

—Había otro suicida como yo, encargado de pulverizar su avión, cuando lo tomase. El hecho de que ambos coincidieran en este vuelo, facilitó las cosas —puso un gesto sarcástico, como viendo algo grotesco a la cosa—. Así, sólo bastaba conmigo. Y con este avión. Se salvaron casi ciento ochenta personas, por encontrar usted pasaje en este vuelo…

—Empiezo a darme cuenta —se estremeció Kwan-Shang—. Pero sigo sin entender por qué debo morir, si no son… *ellos*… los que están detrás de este horror.

—No sé de quiénes me habla —suspiró el terrorista. Cole miraba su reloj: las once menos seis minutos y cuarenta segundos—. Ya le dije que trabajo a sueldo de alguien… Me dijeron que usted posee algo parecido a lo que lleva el señor Cole… Un objeto similar. De un gran valor. Algo que debe serles arrancado…, o debe ser destruido. Sin alternativa posible. Ellos optaron por la destrucción total. Lo siento.

—Por todos los diablos, ¿a qué *cosa* se refiere? —masculló Kwan Shang, malhumorado.

—No lo sé —negó el suicida—. Ni me interesa. Pedí más datos, eso sí. Se limitaron a decirme que, siendo oriental como era, trabajaba por una gran causa de Asia, contra los intereses occidentales. Eso me bastó. Creo recordar que añadieron algo, sobre un dios ciego…

—*¡El Dios Ciego de los Tres Dragones!* —masculló Kwan Shang, sorprendido—. ¿Qué puede tener eso que ver conmigo…, con nosotros?

—Espere —habló Cole—. Creo que lo sé. Tengo un dragón

dorado. ¿Y usted?

El joven chino cruzó su mirada con la del americano. Tras un momento de duda y sorpresa, asintió, desorientado.

—Sí —musitó—. Yo tengo… un dragón de oro. Pero no entiendo…

—Eso basta —cortó Cole, mirándole fijamente. Señaló su reloj—. Son las once menos cinco minutos y treinta segundos…

—Eso es —asintió el suicida de la «Parabellum»—. Cinco minutos y medio. Es todo lo que nos separa de la eternidad… La bomba estallará puntualmente.

Se repitieron gritos, llantos, gemidos. Había hombres muy pálidos que hacían un esfuerzo de voluntad y abrazaban a sus familiares, dándoles unos alientos que para sí necesitaban. Solamente el propio agresor del avión, con su arma y su locura suicida, y los dos directos responsables de aquel suceso a bordo, conservaban su extraña, casi deshumanizada serenidad.

Pero de nuevo los ojos de Cole y de Kwan Shang se habían cruzado en una inteligente mirada de mutua comprensión. Fue como un doble mensaje de alerta, un desesperado aviso que ambos transmitieron y ambos captaron con nitidez. Eran mentes gemelas, hombres hechos y moldeados en escuelas de una muy especial idiosincrasia. Capaces de pensar de modo parecido ante lo que aparentaba ser inevitable…

Y lo probaron inmediatamente. Cuando faltaban justamente cinco minutos para el estallido de la bomba situada a bordo del vuelo Hong Kong-San Francisco.

# CAPÍTULO III

Cole había intuido inmediatamente que su compañero de infortunio, aquel joven chino de rostro anguloso e inteligente, era también un luchador, un hombre adiestrado en las Artes Marciales. Y no pensó que fuese precisamente una vulgaridad en tal terreno.

Quizá por ello fue el encargado de servir de señuelo. El cebo para que picase el suicida armado. Se limitó a erguirse en su asiento, como disparado por un resorte, y alzó sus brazos hacia el que en esos momentos era dueño absoluto de la situación.

—¡Cuidado! —aulló éste, rápido, volviéndose hacia Cole, cuya fama como actor cinematográfico especializado en karate era quizá mundial y, por tanto, conocida lo suficiente por su advertencia—. ¡Si intenta algo, le mato ahora mismo!

Por supuesto, a Cole le importaba poco morir ahora o cinco minutos más tarde. Tampoco le resultaba preocupante que esa muerte fuese por medio de una bala de calibre 45 o de un artefacto explosivo de relojería. Lo que no deseaba, era morir. Pero, sobre todo, era preciso impedir que más de cien inocentes hallaran una muerte cruel y estúpida en aquel criminal atentado en las alturas.

Por ello, Cole se apresuró a detenerse, como encogido por una amenaza que, en el fondo, le traía perfectamente sin cuidado. Y eso tranquilizó a su antagonista, que fijaba en él su «Parabellum», dispuesto a apretar el gatillo.

Entonces saltó un tigre humano. Una especie de manojo de músculos, nervios, tendones y huesos, de increíble armonía y singular capacidad de acción. Muchos de los presentes, apenas si pudieron seguir con su mirada a aquel relámpago humano que, saltando de su asiento, se precipitaba como un halcón sobre el hombre armado.

—¿Eh? ¿Qué diablos…? —comenzó a graznar éste, revolviéndose veloz hacia su agresor, más por intuición que por auténtica percepción real del hecho.

No pudo decir más. Ni intentar nada más.

Kwan Shang, con su mano diestra en forma *Cheng-Chu*, o Dragones Gemelos, cayó sobre el terrorista. Sus dedos índice y corazón extendidos en garfio, golpearon en punta sus ojos, cegándole y haciéndole emitir un largo alarido de dolor, al sentirse sin visión. Su mano se alzó, su pistola intentó dispararse.

No apuntaba a nadie, pero un orificio en el fuselaje podía provocar una brusca alteración en la presión interior del avión, y eso era peligroso. Kwan Shang lo evitó.

Utilizó su zurda en un veloz movimiento, adoptando el *Ch'a Shou*, o Mano de Cangrejo, atenazada, de forma que golpeó y, a la vez, aferró la muñeca del enemigo, hincando sus dedos engarbados en los tendones y nervios del brazo. Saltó disparada el arma, y entonces el oriental suicida trató de defenderse del formidable luchador de Kung-Fu que se le había venido encima.

No pudo hacer absolutamente nada. Porque esta vez, ya libre del peligro que, para los demás viajeros suponía la «Parabellum», Kwan Shang descargó en el cuello del otro un seco impacto. Esta vez, usó su diestra de nuevo, en posición *Tao-Shou*, o Cuchillo. Los dedos estirados, rígidos, golpearon en la parte sensible con la potencia y precisión de una pica o la punta de un arma blanca.

El contrario exhaló un gemido y se desplomó inconsciente. Un silencio profundo se extendió por el reactor tras ese instante de violencia. Se miraron todos entre sí, sorprendidos.

—Le venció, sí… —murmuró alguien—. Pero eso… ¿evitará que estalle la carga explosiva situada a bordo?

Frank Cole se había incorporado, mirando fijamente la esfera de su reloj. Su voz sonó grave, llena de tensión:

—Cuatro minutos y cincuenta segundos… Le felicito.

Le bastaron ocho segundos para abatirle. Creo que estuve seguro de eso, aun antes de verle actuar…

Kwan sonrió. Pero frunció el ceño, contemplando fijamente al caído.

—No todo está hecho —suspiró Cole, sacudiendo la cabeza—. Es un suicida. Su vida no vale nada, y él lo sabe. Tenemos sólo cuatro

minutos para dar con la bomba. Nos bastará…

—Supongo que es un explosivo especial —señaló Kwan—. De otro modo, los detectores del aeropuerto de Hong Kong lo hubieran señalado… No hay más que un camino.

—¿Cuál? —Le miró Cole, pensativo—. ¿Registrar equipajes? No hay tiempo…

—Claro que no —rechazó Kwan Shang—. El único camino es él… Y yo…

Cole enarcó las cejas, mirándole pensativo. Kwan Shang se inclinó. Aferró al vencido por los hombros. Lo sentó a viva fuerza en un asiento del avión. Tocó ciertos puntos sensibles de su nuca y cuello. El cuerpo inerte se agitó un poco.

—¿Qué pretende? —quiso saber Cole.

—Hacerle reaccionar —habló Kwan Shang—. Y probar mi poder hipnótico…

Frank Cole no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza. Kwan levantó los párpados del inconsciente. Hizo algo, y éstos permanecieron levantados. Comenzó a mirar con fijeza al fondo de las pupilas oblicuas de su adversario. Cole miró el reloj. Los minutos pasaban con rapidez. Ya eran solamente cuatro exactos los que les separaban de las once. Azafatas y funcionarios de la compañía habían asomado ya al pasillo, acercándose al lugar del suceso. Los viajeros esperaban, pendiente su alma de un hilo tan quebradizo como el que sostenía sus vidas en el aire.

—Estamos descendiendo —dijo una azafata—. Pónganse los chalecos salvavidas. Intentaremos salvar a los viajeros. Por favor, serenidad. Vamos a hacer lo imposible…

Cole no comentó nada, pero sabía que tres minutos y un poco más, era menos de lo que se precisaba para salvar a diez o doce personas solamente. Todo dependía, en realidad, de aquel joven chino que ahora, con su faz convertida en una extraña máscara, se enfrentaba al hombre abatido. Y su voz comenzó a desgranar inexorablemente las órdenes mentales que, de no hacer efecto en el cerebro del sujeto, nada podrían hacer por salvarles de la muerte…

—Escucha… Tienes que hablar… Hablar poco. Sólo unas palabras… Tienes que decir dónde está el explosivo y cómo desconectarlo… Tienes que hacerlo… o tu esposa y tus hijos morirán…

Era un ensayo. Un intento de influir en el subconsciente del criminal a sueldo. Cole seguía mirando su reloj, mientras las azafatas abrían la puerta de paso a la cabina de carga, a la espera de la información preciosa que pudiera salvar sus vidas…

Inexorable, monocorde, la voz de Kwan Shang se elevaba en silencio mortal de la larga cabina de pasaje, tratando de obtener la respuesta anhelada:

—Tienes que oírme… Es una orden… Estás entre amigos… Amigos que quieren salvar a tu mujer y a tus hijos… Habla… ¡Habla…! Ese explosivo… ¿*dónde* está…?

Y así, la aguja se aproximó a los tres minutos del reloj, en dirección a las once. Luego, a los dos minutos…

El presunto hipnotizado, no parecía ceder a la fuerza hipnótica de Kwan. Este, exasperado, masculló con fatiga y tensión, al cumplirse los dos minutos de fatídica distancia:

—¡No es posible! ¡No puede resistir tanto! ¡Yo he hipnotizado antes a otras personas! ¡Sé lo que estoy haciendo…, pero él no colabora!

Frank Cole le escuchaba con el ceño fruncido, los labios apretados. Súbitamente, se inclinó hacia el hipnotizado, que permanecía sentado, rígido en su asiento, los ojos vidriosos, dilatados y sin expresión. Aventuró unas palabras, mientras dentro de su pecho, el implacable, angustioso tic-tac del reloj, parecía transmitirse a los latidos de su corazón, marcando el paso del tiempo que les separaba de la muerte…

—Ese equipaje tuyo… —dijo con voz lenta, fría, imperiosa—. Ese equipaje que llevas a bordo… Dime cuál es… En él hay un medicamento… Algo que te salvará la vida…

Ya no estarás enfermo… Tu mujer y tus hijos estarán en tu compañía para siempre… Seréis felices todos… ¡Vamos, tienes que decirlo! Necesitas ese medicamento antes de un minuto…, o tu enfermedad te llevará… ¿Cuál es? ¿Qué maleta, qué bulto es…?

Kwan le miró asombrado, escéptico, como si no creyera posible que la cruel estratagema diese resultado. Pegó un respingo al oír la respuesta:

—La maleta roja… La maleta pequeña, roja…, con la etiqueta del hotel Raffles, de Singapur… —recitó fatigosamente el hipnotizado, agitándose con respiración entrecortada—. Es… es mi

única… valija…

Cole y Kwan se miraron triunfalmente. El americano se volvió, rápido, a las azafatas.

—¡La maleta roja! —gritó—. ¡Rápido, busquen una maleta roja, pequeña…, con la etiqueta del hotel Raffles, de Singapur…! ¡Está allí el explosivo…!

Las azafatas se lanzaron a la cabina de equipajes, acompañadas de un oficial de a bordo. Cole y Kwan les siguieron. Faltaban exactamente un minuto y cincuenta segundos para el desastre…

# CAPÍTULO IV

El mar se agitó con el estallido de la carga explosiva. Justamente a las once.

El avión ya había dejado atrás ese punto, en su vuelo hacia San Francisco. Y, sin embargo, el aire se agitó con la expansión de la onda explosiva. Fue el final de lo que pudo ser una horrible masacre en las nubes.

El reactor de la TWA llegó a San Francisco sin novedad. Ambulancias y policía aguardaban en torno al aeropuerto. Pero ya no era necesario nada de todo aquello.

Frank Cole y Kwan Shang no olvidaban el momento de la explosión que levantó una columna de agua, espuma y humo en pleno océano. Como tampoco olvidarían la búsqueda febril contra reloj, en la cabina de equipajes. Ni el hallazgo de la maleta roja. Y su lanzamiento al vacío, por parte de los tripulantes del aparato.

Ahora, mientras contemplaban el coche celular que se llevaba al suicida de a bordo, parecían evocar ambos toda la tremenda odisea de a bordo, en aquellos dramáticos nueve minutos que mediaron entre la, revelación escalofriante y su final feliz. Las felicitaciones masivas de los viajeros, quedaban también atrás…

—Bueno, el juego terminó —dijo Kwan Shang, sacudiendo la cabeza con aire sombrío—. Ha sido un placer conocerle, a pesar de todo. Veo que sabe hacer las cosas. Distrajo muy bien a ese infeliz. Y tuvo una buena idea, al hacerle pensar en su medicamento… En el fondo de su subconsciente, lo que él desea es seguir viviendo, estar junto a los suyos… Fue el método más eficaz.

—Resultó por pura casualidad, créame —sonrió Cole—. Le felicito por su técnica. Lucha usted maravillosamente bien.

—Gracias. Esas palabras, en un experto, son todo un elogio.

—Parece que no soy el único experto —dijo el americano—. Pero tampoco soy el único que tiene un dragón dorado…

—¡Eh, ahora que recuerdo…! ¿Qué sabe usted de ese dragón dorado? —quiso saber Kwan—. ¿Cómo llegó a su poder?

—De un modo muy especial. Lo tenía una persona que fue asesinada. —Cole clavó sus ojos pensativos en Kwan—. ¿Y usted?

—Es un caso más simple. No pude imaginar siquiera que esa figurilla tuviese tanta importancia, después de todo… Lo cierto es que la obtuve en Macao, en eso tenía razón el tipo que quiso hacernos saltar en pedazos a bordo de ese avión…

—¿Cómo lo obtuvo?

—De un modo raro, pero sencillo. Yo vengo de muy lejos. Procedo de una región de la China Continental que muy pocos occidentales visitaron jamás. Llegué a Macao con la idea de viajar a Occidente, lejos de mi país. Y le aseguro que no tiene nada que ver con la política.

—Ya. Entonces, ¿quiénes son *ellos*?

—Veo que tiene mucha agudeza. No se le pasa nada por alto, ¿eh? —Miró a Cole con renovado interés—. Bueno, dejemos eso a un lado ahora. Hablábamos del dragón de oro… Es una pequeña figurilla dorada… Un bello objeto, pensé. Pero nada más. Me lo vendió un hombre, en una taberna de Macao. Por cien dólares. Lo raro es que, poco después, vi a ese mismo individuo en medio de la calle… Le había atropellado un coche que se dio a la fuga. Estaba muerto… ¿Usted cree que…?

—Asesinado —suspiró Cole—. Podría jurarlo. El pobre diablo tenía miedo. Se deshizo de la figurilla, y usted fue la persona elegida, como pudo ser cualquier otro… El destino le juega a veces, a uno, bromas así… ¿Sucedió algo más?

—No… Bueno, espere. Cuando Iba camino de las oficinas de la compañía donde adquirí mi pasaje de avión a San Francisco…, una enorme maceta cayó de una terraza. Me libré de ser aplastado por ella de pura casualidad… —Los ojos almendrados del joven chino centellearon—. Sí, no me lo diga. Sé lo que piensa, Cole: intento de asesinato…

—Exacto —suspiró Cole—. Me ha sucedido lo mismo a mí en Hong Kong. Suspendimos el rodaje de una película. MI equipo técnico y artístico viene en otro vuelo. Pensaron que sacándome a

mí el primero, evitaban riesgos. Y ya ve lo que pudo suceder…

—En ese caso… ¿qué cree que está sucediendo? ¿Por qué quieren matamos? ¿Qué valor real tienen esos dos dragones dorados?

—Usted debería saber algo más que yo sobre el asunto. —Cole le escudriñó con fijeza, ya fuera del servicio aduanero de San Francisco—. Usted mencionó al Dios Ciego de los Tres Dragones, ¿recuerda? Fue con motivo de algo que citó ese suicida de a bordo…

—El Dios Ciego de los Tres Dragones… —Kwan Shang meneó la cabeza—. No tiene sentido.

—Aun así, ¿por qué no me lo cuenta, camino del centro?

—¿Va a alguna parte en concreto? Yo no tengo rumbo fijo…

—Yo, sí. Debo ver a un viejo amigo. El hombre que me enseñó cuanto ahora sé sobre el karate. No es japonés, pero estuvo allí muchos años. Domina tanto el karate como el Kung-Fu, el judo o el *aikido*… Tengo que hablar con él, precisamente sobre esos dragones. Y sobre una chica que murió asesinada en Hong Kong…

—Entonces, vamos allá. —Kwan llamó a un taxi—. Hablaremos por el camino… de ese *Dios Ciego de los Tres Dragones.* Pero temo que se sienta defraudado.

—¿Por qué motivo?

—Porque es una vieja leyenda. Tiene al menos quinientos años. Y no creí nunca que pudiera tener visos de realidad…

—De todos modos, cuéntemela. Será más distraído que hablar de deportes, pongamos por caso…

Asintió Kwan Shang, todavía pensativo. Momentos después, camino del centro urbano de la ciudad, hablaban de una vieja leyenda. Y de tres dragones de oro que eran el camino hacia la fortuna…, o hacia la muerte.

Ambos Ignoraban en ese momento que Iban al encuentro del tercer eslabón en una cadena que habría de resultar decisiva en sus vidas.

Ese eslabón, lo constituía una mujer. Una mujer de color, llamada Lena Tiger.

Y con ella, un dragón. El tercer dragón de oro…

# Segunda Parte

## LA PAGODA DEL DIOS CIEGO

# CAPÍTULO I

## MISTERIO EN SAN FRANCISCO

—Soy el teniente Dobkin, señores. De la Brigada Especial de Homicidios de San Francisco. ¿En qué puedo servirles?

Frank Cole contempló el rostro oscuro del oficial de policía. Parecía extrañado por algo que no quería decir. El propio funcionario de Homicidios se echó a reír, asintiendo con su rizosa cabeza.

—Sé lo que está pensando —dijo—. Le sorprende ver a un negro en Chinatown, ¿no es cierto? Piense que mi jurisdicción no abarca sólo el barrio chino, sino toda la ciudad, allí donde haya un crimen. Y a su amigo, el profesor Fong…, le han asesinado.

Cole no dijo nada. Tragó saliva. Aún no había salido de su estupor ante la noticia. Dolorido, había identificado al viejo amigo, bajo aquella sábana de la Morgue. Y ese dolor, aún continuaba dentro de él. Continuaría por mucho tiempo. Sólo que sabía dominar sus emociones. Formaba parte de su educación oriental. Un

budoka tenía que saber dominar muchas cosas, empezando por sí mismo.

—Sí, eso es cierto —admitió lentamente Cole—. Del mismo modo que una chica, Lota Shee, fue asesinada en Hong Kong. Ella iba a verme, en nombre del profesor Fong. Nunca llegó a conseguirlo. La mataron antes. Con un golpe de karate.

—¿No sabe usted la verdadera razón de esos crímenes, señor Cole? —preguntó vivamente el teniente Dobkin, sin desviar de él sus ojos.

—No, teniente. Es difícil saberlo, cuando nadie dice nada. —Cole sospechaba cosas, pero nada sabía a ciencia cierta. En parte, no mentía al teniente Dobkin—. ¿Qué ha obtenido usted de esa chica que nos dijo ha arrestado como sospechosa?

—¿Lena Tiger? —El policía se encogió de hombros—. Nada, Tampoco lo esperaba. Ella es una muchacha muy especial. Fue ladrona y estuvo encarcelada. Escapó, y está reclamada. Aparte de eso, me parece una buena chica. El profesor me llamó anoche para hablarme de ella. Quería pedirme que la ayudara. Le inspiraba confianza… Así era el profesor.

—Lo sé —asintió Cole—. Fuimos grandes amigos. Me enseñó cuanto sé…

—Hoy, al venir a hablar con el profesor, le hallé muerto. Esperé, y la chica también llegó. No sabe nada, estoy seguro. Lleva tiempo llorando por el profesor. Dice que es la única persona que tuvo fe en ella. Y eso que la vio tumbar a tres de mis hombres, con sus solas fuerzas.

—¿De veras? —Enarcó las cejas Cole—. ¿Cómo lo hizo la chica?

—¡Oh, usted no la conoce! Aprendió artes marciales en la cárcel. Desde entonces, su personalidad cambió mucho… Aikido, creo que llaman a su estilo de lucha…

—Aikido. —Kwan Shang sonrió, sin poderlo evitar—. Sí, imagino lo que pasó… ¿Qué va a hacer con esa chica?

—Aún no lo sé, caballeros —suspiró el policía—. Y no porque sea hermana mía de raza. No me impresionaría eso, palabra. Hay mucho rufián con la piel de mi color. No soy distinto con ellos que con los de su color, señor Cole, puede creerme. Pero Lena. Lena es una chica especial. Creo que si tuviera una oportunidad…, podría llevar otra vida muy diferente. Ha cambiado, ya le dije. Sin

embargo, yo no soy el juez. Sólo soy un policía. Mi misión es entregarla al fiscal para que la encarcelen, a la espera de un nuevo juicio por evasión, ataque a agentes de la autoridad… En fin, por benévolo que sea el juez, se pasará dos años en la cárcel. Y no creo, sin embargo, que eso sea justo.

—Pero usted no puede hacer otra cosa…

—¡Infiernos, claro que no! —Se removió inquieto en su asiento el oficial de policía Dobkin—. Lo cierto es que me gustaría ayudarla de alguna forma, pero…

—El profesor Fong pensaba hacerlo, sin duda —apuntó Cole.

—Sí, es cierto. Pensaba hacerlo. Sabe que trabajo para el Centro de Rehabilitación de Delincuentes. Pero no puedo hacer legalmente nada, en tanto tenga ella una condena pendiente, más los agravantes últimos…

—¿La puso ya a disposición del fiscal? —quiso saber Cole.

—No. Lo haré después. La muerte del profesor me ha tenido demasiado ocupado…

—Entiendo. Teniente, ¿qué piensa sobre el asesinato del viejo y querido Fong?

—No sé qué pensar. Debieron degollarle con un sable curvo, oriental sin duda. Pero en Chinatown, todo el mundo le quería. Están indignados. Es un crimen estúpido y horrible. No logro entenderlo, créanme…

—Yo tampoco —suspiró Cole—. Pero el profesor me envió a aquella chica, Loto Shee…, y ella también fue asesinada. Luego intentaron matarme a mí en pleno vuelo. Gracias a este amigo, salvé mi vida…, y se salvaron las de todos los ocupantes del avión. Todo eso ha de estar relacionado entre sí…

—Sí, pero ¿en qué sentido? —se quejó Dobkin—. Es lo que me gustaría saber…

—Teniente, me gustaría hablar con esa chica, Lena Tiger… —dijo Cole de pronto—. ¿Sería posible visitarla en su departamento, tener con ella una charla de unos minutos, sin testigos?

—Podría autorizarlo, pero… —Dobkin arrugó el ceño—. ¿Qué pretende? ¿Cree que esa muchacha tuvo algo que ver en el crimen? Piense que ella conoció anoche a Fong. Y si hay una pandilla de criminales tras de usted, de Fong y de la chica de Hong Kong…, no es posible que Lena Tiger tenga nada que ver en ello…

—¡Oh, por supuesto, teniente! —se apresuró a afirmar Cole—. Pero…, es posible que ella recuerde algo, relacionado con su visita anoche al profesor Fong… Me gustaría hacerle unas preguntas que usted quizá no le haya hecho. No pierde nada con intentarlo, teniente. Si descubrimos algo, se lo comunicaré a usted en primer lugar.

—Está bien —resopló Dobkin, con cierto malhumor—. Como usted dice, no se pierde nada con intentarlo, Pero dudo mucho que consiga algo de esa pequeña tigresa con piel de ébano, señor Cole…

—¿Un dragón? ¿Qué dragón? ¿A qué se refiere?

Lena Tiger era una especie de pantera bronceada, agazapada frente a sus dos visitantes, particularmente hosca con ambos. Su voz sonaba áspera, agresiva.

—Lena, tú conociste a noche a Fong —dijo Cole tranquilamente —. El viejo y noble profesor… Fue mi mejor maestro. Y un gran amigo. Pudo haber hecho mucho por ti.

—Quizá. Pero ahora está muerto. El pobre ya no podrá hacer nada por nadie.

—Sin embargo, tú sí podrías hacerlo.

—Hacer… ¿qué? —Le miró desconfiada.

—Vengarle, pongamos por caso.

—No —rechazó ella, sacudiendo la cabeza—. Venganza, no. No es posible vengarse. Existen unos principios que todos deberíamos acatar. No se puede responder a la violencia con la violencia. No se debe matar. Cuanto más fuerte se es, más digno debe uno sentirse.

—Veo que no eres sólo una luchadora callejera —sonrió Kwan Shang—. Tu mente y tu espíritu empezaron a educarse como corresponde a alguien que lucha por amor a los demás, nunca por odio… Lena Tiger, Cole no quiso decir venganza. Sólo… justicia.

—Sí —sonrió Cole—. Tenía que saber cómo pensabas. Hacer justicia, es diferente.

—Claro —afirmó Lena, Sus ojos fulguraron—. El asesino de ese bondadoso anciano, merece castigo. Si en mi mano estuviera entregarlo a quienes deben juzgarlo, lo haría. Pero no puedo ayudaros. Perdéis vuestro tiempo. No vi nada. No pude sospechar algo así ni en sueños…

—Lo comprendo, Lena. Sin embargo, te cité algo antes.

—Ya. El… el dragón.

—Eso es. El dragón. Tienes que saber algo de él…, o la muerte de Fong no tendría sentido. No puede ser casual.

—¿Casual? ¿El qué? —Enarcó sus cejas Lena, en su rostro seductor, sensual, de suaves tonos oscuros.

—Su muerte. El asesino le atacó inmediatamente de haber tenido contacto contigo. El teniente me ha dicho que todo estaba en desorden en su oficina. Incluso violentaron la caja fuerte… Buscaban algo, no hay duda. Algo que quizá no encontraron.

—La caja fuerte…, la oficina… —Ella pestañeó, asombrada, con un repentino ramalazo de inteligencia en su rostro juvenil—. ¡Cielos…!

—¿Qué ocurre? —Vivamente, Kwan se inclinó hacia adelante, al tiempo que cambiaba una mirada con Frank Cole—. Lena, ¿a qué te referías al hablar así?

—No, no…, a nada… —Apretó sus carnosos labios—. No sé nada, ya se lo dije…

—Eso no es cierto —cortó Cole con rapidez—. Sabes *algo.* ¿No te das cuenta de que eso puede sernos de mucha ayuda a todos? Puede servir para hacer justicia, Pero también podría ayudarte a ti misma…

—¿A mí? ¿De qué manera? —dudó ella, escéptica.

—De la mejor que podrías soñar. —Cole tenía su rostro junto al de ella—. Lena, si nos ayudas…, es posible que el teniente Dobkin pueda hacer algo en tu favor. Yo intercedería, Tengo influencias, amistades importantes en esta ciudad… Podría buscarse para ti una fórmula de libertad condicional, por unos meses… Si cooperases, un juez sería benévolo y quizá firmase esa decisión, habiendo quien respondiera por ti…

—¿Y quién respondería por mí?

—Yo, Lena, Yo mismo. Bajo mi tutela, podrías obtener esa libertad, no volver nunca más a una celda… Pero depende en mucho de ti.

—Pero… ¡pero si no tengo ningún dragón! ¡No sé de qué dragones me habla!

—Sin embargo, hay algo relacionado con la oficina de Fong, con su caja fuerte…

—¡Oh, bueno, eso es diferente…! —Ella sacudió la cabeza rizosa, espectacular—. No fue nada relacionado con dragones…,

salvo que los lleva pintados. Eso es todo.

—Dragones pintados… *¿dónde?* —quiso saber Kwan Shang.

—La caja de laca negra… —Respiró hondo Lena Tiger—. Eso es todo. Una cajita que no se abre de ninguna forma… ¡Oh!, es como un cubo o un dado, pero alargado… Sólo eso. Es todo lo que me dio el profesor Fong. La cajita y la bolsa de seda… ¿Qué Importa eso?

—La cajita… —Los ojos de Cole destellaban—. ¿Dónde está, ahora, esa cajita?

—La tiene la policía —se encogió ella de hombros—. ¿A qué tanto ruido? SI tuviera algo especial…, ellos lo habrían descubierto ya. ¿Por qué no me dejan en paz y se largan de una vez? NI usted ni nadie van a sacarme ya de mi celda, de modo que al diablo con todos.

Airadamente se puso en pie para volver a su celda. El policía de servicio se aproximó. Cole y Kwan se dirigieron a la puerta de salida del recinto. Pero el actor americano dijo a Lena, antes de salir:

—No desesperes, muchacha. Si lo que sospecho es cierto…, saldrás de ahí muy pronto. Yo me ocuparé de ello.

# CAPÍTULO II

## DRAGONES DORADOS

—Sí —afirmó Dobkin gravemente—. Es cierto lo que usted sospechaba, Cole. Los rayos X lo demuestran sin lugar a dudas. La cajita de laca contiene una figurilla de metal, posiblemente de oro. No sabemos cómo abrirla. Debe ser un recipiente de esos que se abren por medio de algún ingenioso juego de piezas acopladas. La radiografía muestra estrías confusas en su estructura. Haremos otra más nítida, para tratar de abrir el cubo de laca.

—Si no, romperemos la caja —propuso Cole—. No vale nada en sí. Es su contenido lo que cuenta, teniente.

—¿Esa figurilla de un dragón? Hay millares como ellas en los escaparates de Chinatown, Cole. No sé cuál pueda ser su valor. Aunque sea de oro puro, no puede pesar más de media libra. No es un valor que justifique nada. Y menos, todo cuanto sucede, aquí, en Hong Kong o en Macao.

—Yo llevo un dragón en mi bolsillo —dijo Cole—. Y Kwan Shang otro, en su equipaje. Son los Tres Dragones, teniente.

—Los Tres Dragones, ¿de qué? —farfulló el oficial de policía.

—Del Dios Ciego —añadió vivamente Kwan Shang—. Eso lo explica casi todo.

—Explica… ¿qué? —Se disgustó Dobkin, malhumorado.

—Es una vieja leyenda. Se la he explicado a Cole cuando veníamos desde el aeropuerto —habló pacientemente Kwan—. Ahorrando detalles pintorescos, le diré que en China se habla hace más de cinco siglos del Dios Ciego y sus Tres Dragones. Según la leyenda, sus cuencas están vacías. Y su frente ofrece un tercer orificio, el del legendario Tercer Ojo de los iniciados en poderes

superiores. Cuando alguien deposite tres pequeños dragones de oro, robados al dios, hace muchos siglos, éste verá de nuevo. Y quien esto logre, se verá colmado de venturas.

—Es una simple leyenda —se encogió Dobkin de hombros—. Cosas de su país, señor Shang. Como comprenderá, no creo que tal relato me ayude mucho a dar con el asesino, del profesor Fong. Ni a ustedes a saber por qué intentaron dinamitarlos en pleno vuelo, o por qué el señor Cole corrió peligros en Hong Kong y una joven fue asesinada en su camerino… A menos que alguna secta de fanáticos ande por medio, claro está…

—A eso iba, teniente —suspiró cansadamente Kwan Shang—. Es que *existe* esa secta de fanáticos.

—¿Cómo?

—Existe en Asia. Y posiblemente en San Francisco…, puesto que en este mismo distrito de Chinatown…, hay una Pagoda del Dios Ciego, como usted mismo puede comprobar…

La Pagoda del Dios Ciego.

Existía. En pleno corazón de Chinatown. El teniente Dobkin podía comprobarlo ahora, contemplando aquel edificio peculiar, de estructura típicamente china, con sus tejados superpuestos, con sus escalones rojos hacia la puerta de entrada, y sus dorados dragones montando guardia a ambos lados de la misma.

El teniente puso su coche en marcha, tras el examen a distancia. Tras él, Cole y Kwan Shang, asistieron también, en silencio, a la revisión fugaz del lugar. El policía de color sacudió la cabeza, mientras se alejaba de allí.

—Es una vulgar pagoda —masculló—. Y no de las más frecuentadas. No tenemos pruebas de nada. No podemos hacer cosa alguna. Podríamos metemos en un buen lío si nos precipitamos.

—Usted no puede hacer nada, teniente. Es la ley —sonrió Cole —. Pero nosotros, es diferente. Y somos los dueños de los dragones…

—Esperen un momento —atajó él, mirándoles duramente a través del retrovisor—. ¿Qué se proponen? No me gustan los detectives aficionados, recuérdenlo.

—Yo soy oriental, teniente —suspiró Kwan—. Nadie puede impedirme visitar una pagoda. En cuanto al señor Cole…, puede que no necesite entrar. Pero sí quedarse fuera, esperándome.

—No tendrán mi colaboración en nada que pueda resultar ilegal —avisó Dobkin, seco.

—Tampoco la pedimos —sonrió Cole—. Sólo le pediré que conceda a Lena Tiger un favor.

—¿Lena? Es una detenida. ¿Qué favor puedo hacer a esa chica?

—Antes de entregarla al fiscal…, dele un plazo de libertad. Pongamos…, veinticuatro horas.

—¡Imposible! —protestó Dobkin vivamente—. Ni lo sueñen, Cole. No puedo hacerlo. Además, ¿de qué iba a servirles ella?

—Tal vez de mucho. Si resuelve la muerte de Fong, el caso del avión y todo lo demás, se cubrirá de gloria. Y todo, gracias a nosotros. A cambio de eso, hágame ese favor. Le prometo que Lena volverá a su celda mañana mismo a esta hora, como máximo. Me hago responsable de ella.

—Es un disparate. Si se evadiera…, usted podría ser acusado. Y yo también, Cole.

—Corra el riesgo. Ella puede sernos útil. Muy útil. Hay mucho a ganar, teniente.

—Y mucho a perder…

—Lo sé. Pero vale la pena. Inténtelo, Dobkin. Puede ser… incluso la regeneración de esa chica. Y será obra suya…

Dobkin resopló. Aceleró la marcha, sin responder. Cole sonrió a Kwan. Sabía cuál iba a ser la respuesta del teniente, después de todo…

Los estudios de la Eastern Pictures en San Francisco eran mucho más pequeños y de menor importancia que sus centrales situados en Hong Kong. Quizá por ello, las voces de Burt Reagan, dando órdenes a todos sus subordinados, resonaban con mayor fuerza, hasta parecer aquello una casa de locos.

Frank Cole sonrió al escuchar sus palabras irritadas y ver su figura nerviosa, yendo y viniendo de un lado para otro por los reducidos *sets* del estudio. Obviamente, las cosas no le iban bien a su director. La suspensión de rodaje en Hong Kong, el viaje a la ciudad californiana y todo lo demás, había hecho mella en sus sensibles nervios.

—¡Cielos, Cole, tú por aquí…! —se lamentó al verle—. No sé si suscribirte un nuevo seguro de vida, a nombre de la Eastern, por valor de diez millones de dólares. ¿Qué es lo que va a sucederte la

próxima vez? Cuando me comunicaron en Hong Kong que estuviste a punto de morir en el vuelo, por culpa de una carga explosiva, casi me da un Infarto. ¿Es que todos los criminales del mundo la han tomado contigo de un tiempo a esta parte?

—Eso parece, Burt —suspiró Frank, sacudiendo la cabeza. Miró en torno, a la jauría cinematográfica en plena actividad. Dirigió un tenue gesto de cordialidad a su compañera de rodaje, Mai Wong, que retocaba su maquillaje en su asiento—. ¿Cuándo empiezo yo el rodaje?

—Hoy no hay ningún plano en que intervengas tú —dijo Reagan distraído, rectificando la situación de unas luces y el emplazamiento de una cámara—. Puedes tomarte todo el día de descanso, si gustas. Mañana puede que rodemos las escenas de la primera secuencia, aquella en que te atacan los encapuchados… Pero no es seguro, Frank. Estoy hecho un lío. Imaginé que andarías mal de los nervios después de lo ocurrido en el avión, y decidí cambiar el plan Inicial de rodaje. Esta película va a terminar conmigo.

—Es lo que dice siempre, Reagan —se echó a reír Cole de buena gana, encaminándose a la salida de los estudios—. Nos veremos mañana. Hoy dedicaré el día a pasear.

—¿Con esa lluvia? —señaló Reagan a los altos tragaluces del estudio, a través de los cuales se veía la cortina de agua que, suave pero persistente, caía sobre la ciudad en las últimas horas—. Hace falta estar rematadamente loco, Frank. Sobre todo, ten cuidado. No quiero tener que suspender el rodaje definitivamente, por muerte de su protagonista.

—Me cuidaré, palabra —se detuvo junto a Mal Wong y se Inclinó, besando su mejilla cariñosamente. Ella le dirigió una mirada risueña, guiñándole el ojo al escuchar de nuevo las Imprecaciones malhumoradas de Burt Reagan, en su constante reparto de órdenes—. Hola, preciosa. Espero que sobrevivas a esto…

—Hago lo posible —rió ella de buena gana, tomándole afectuosamente una mano. Luego, le miró gravemente—. Frank, cuídate de veras. Fue horrible, eso del avión…

—Pudo ser peor, querida. Espero que me den algún respiro, ahora.

—Pero ¿qué sucede realmente, Frank? Tiene que haber alguna

razón, para que esa gente, sea quien sea, trate de matarte…

—Seguro que la hay. No lo hacen para divertirse, puedes estar convencida de ello —hizo un gesto jovial, como quitando Importancia a todo eso—. Mal, ¿no puedes venir conmigo a alguna parte, a divertimos un poco?

—¿Con ese negrero ahí? —señaló a Reagan—. Ya ves que no quiere perder tiempo. El presupuesto de la película le trae loco. Pero esta noche sí tendré tiempo, aunque tenga que quitármelo de mis horas de sueño.

—¿Esta noche? —Cole arrugó el ceño, sacudiendo la cabeza—. Lo siento, Mal. Por la noche no puedo Ir a ninguna parte. La tengo comprometida con unos amigos…

—Ya lo ves —suspiró ella, risueñamente—. SI estuviéramos enamorados, habría que empezar a pensar que éste es un amor Imposible…

Ambos rieron de buena gana, y Cole se alejó, tras darle un cachete afectuoso en una mejilla a su bella compañera cinematográfica, la actriz eurasiática Mai Wong. Cuando asomó al exterior, torció el gesto. La lluvia no sólo persistía, sino que era más copiosa, Y el cerrado celaje gris, sobre la ciudad de San Francisco, no tenía trazas de abrir claros en las inmediatas horas.

—Va a ser una noche de perros —murmuró Cole entre dientes, aventurándose a cruzar hacia donde había aparcado su automóvil, dentro del recinto de los Estudios Eastern en San Francisco—. Si al menos sirve para llegar a alguna conclusión…

—¿Por qué lo hizo?

—¿Por qué hice… qué?

—Ya lo sabe. Salir fiador de mí. Pedir el favor al teniente Dobkin. Ponerme en libertad estas horas, bajo palabra… En fin, todo esto.

—Si lo hice, no fue para divertirnos, Lena. No creas que vamos a un *happening* —susurró Cole, enfilando con su automóvil hacia Chinatown, a través de la noche lluviosa de la ciudad. Ella se acomodaba a su lado, Kwan Shang detrás.

—Lo imagino —murmuró Lena Tiger, escudriñando la oscura noche, salpicada de luces, a través del parabrisas donde oscilaba ininterrumpidamente el limpiador, para permitir la visión al conductor—. ¿Adónde vamos?

—A una pagoda, Lena.
—¿Una pagoda?
—Sí, pero no creas que vamos escoltando a mi amigo a que cumpla sus obligaciones religiosas. Tu dragón dorado tiene su parte de influencia en todo esto.
—Mi dragón de oro… —ella arrugó el ceño—. ¿Cómo es posible que hubiera algo así en aquella caja? Ni siquiera podía abrirse normalmente.
—Era difícil dar con las junturas de los bloques de madera —admitió Cole—. Una especie de juego chino para dificultar la contemplación de su contenido. Una vez hallado, es sin embargo sencillísimo. Siempre ocurre así.
—Sigue sin contestar a lo que le pregunté antes. ¿Por qué me han soltado? ¿En qué espera que yo le sea útil?
—En varias cosas. En primer lugar, son tres los dragones de oro. Kwan Shang tiene uno, yo tengo otro…, y tú el tercero. El azar ha querido que todos seamos buenos luchadores. Es justo que asistas a algo que espero salga bien esta noche. Y si vienen mal dadas, nos repartiremos los problemas…
—Muy bien —se encogió de hombros Lena—. Los problemas no me asustan. Toda mi vida está llena de ellos, Cole. Y lo que me queda por delante.
—Reza porque salga bien lo de esta noche —sonrió Cole—. Y posiblemente todos esos problemas se diluyan en la nada…
Detuvo el automóvil. Justamente a una manzana de la *Pagoda del Dios Ciego.* Miró a Kwan Shang por el retrovisor. Este asintió. Cole apagó los faros del coche. Luego entregó una bolsa negra de plástico a la joven. Llevaba una correa para colgarla del hombro.
—Lleva esto —indicó—. No te deshagas de ello. Puede serte muy útil esta noche… Ahora, vamos ya. Hemos llegado a nuestro destino.
Abandonaron el automóvil. La zona en derredor de la pagoda era una de las menos iluminadas de Chinatown. Los alrededores aparecían desiertos. La pagoda era un alto bloque silencioso y sombrío, sobre cuyos tejadillos superpuestos y curvados caía la lluvia en forma monocorde.
Llegaron a la puerta del templo. Estaba cerrada, cosa bastante lógica a tales horas. Lena parpadeó sorprendida, al ver que Frank

Cole utilizaba un manojo de modernas y variadas ganzúas para manipular en la cerradura. Esta cedió al fin con un chasquido.

—Escalo y nocturnidad —musitó ella entre dientes—. ¿No podemos ir a la cárcel?

—Podemos ir —sonrió Cole en la sombra—. El teniente Dobkin no se hace responsable de nada de cuanto hagamos.

—¡Cielos, lo que me faltaba! —gimió ella con desaliento.

Pero cuando Cole y Kwan Shang se aventuraron dentro del templo chino, ella siguió unida a la comitiva. Dentro, la oscuridad era total. Cole susurró en voz baja:

—Lena, busca en tu bolsa. Encontrarás una lámpara para colgar de tu cinturón. Hazlo. Y pulsa el botón interruptor. No dará luz alguna. No te importe. Ponte entonces unas gafas que llevas dentro. Es todo.

Ella obedeció. Cuando se aplicó las gafas de vidrios oscuros, sujeta por una ancha banda de goma a su nuca, fue como un prodigio. El templo todo, apareció suavemente iluminado por tres haces de luz rojiza. Esa luz partía de las tres lámparas situadas en las cinturas de ellos. Pero era invisible sin aquellas gafas.

—Infrarrojos —murmuró Lena Tiger, dominando su sorpresa—. ¡Cuántos recursos, Cole!

—Todos son pocos, cuando uno ha de hacer ciertas cosas —susurró él, dirigiendo la operación.

Se movieron por la amplia sala circular del templo chino, bordeada de altas columnas. En vez de la imagen tradicional de Buda, se descubría otra divinidad antigua de los pueblos orientales, una especie de espantoso gigante con aspecto fiero y rostro dorado. Mostraba tres boquetes circulares en sus cuencas y en el centro de su frente. Parecía un monstruo ciego, acechándoles desde la oscuridad.

—No me gusta este lugar —musitó entre dientes ella.

—Ni a mí —confesó Shang—. Es el templo de una religión minoritaria de mi país. Y terriblemente cruel, además. Odian a los budistas. En realidad, odian a todo el mundo, desde tiempo inmemorial. Es una secta parecida a la de la diosa Kali en la India, ¿entiendes, Lena?

Ella asintió sin ningún entusiasmo, y pareció recordar algo:

—Aquéllos son estranguladores… —murmuró—. ¿Y éstos?

—Algo parecido —confesó Kan—. Degolladores. Y según los casos, trituradores. Dominan una forma de lucha peor que el karate o el Kung-Fu. Trituran a golpes a sus enemigos. Les encanta oír quebrarse los huesos humanos bajo sus impactos…

Lena se estremeció. La aventura nocturna, evidentemente, no le gustaba. Y menos, en semejante lugar y con semejantes adversarios acechando quizá en alguna parte.

Pero no desertó. Llegó, junto con ellos, al pie de la enorme estatua. Cole calculó su altura. Miró a Kwan y a Lena.

—Ocho pies —dijo—. Bastará. Yo permaneceré abajo. Soy el más alto y pesado. Tú, Kwan, sitúate sobre mis hombros. Y luego, sube a Lena sobre los tuyos. Lena, tú situarás los tres dragones en sus huecos respectivos…

—¿Es algún alto honor? —dudó ella, oteando las alturas.

—Quizá —sonrió Cole—. Todo depende del resultado…

Hicieron la pirámide con rapidez y elasticidad. Kwan era ágil. Pero Lena era una pantera elástica. Los músculos de Cole resistieron el peso. Lena llevaba en sus manos tres pequeñas figuras de oro. Tres dragones. Los insertó en los huecos. No sucedió nada.

Miró con desaliento a los otros dos. Kwan susurró una orden:

—Cámbialos de lugar. Ve probando los diferentes huecos y figurillas…

Asintió, entendiendo. Extrajo las estatuillas. Probó otra vez. Y así hasta cuatro veces diferentes. A la quinta, sonó un chasquido en alguna parte. Cole avisó con rapidez:

—¡Ya puedes bajar de ahí! Kwan, rápido, todos al suelo… Algo ha surgido de la base del ídolo…

El monstruoso dios dorado y ciego, parecía haber recuperado la vista con sus tres dragones en los orificios, bien encajados. De ellos brotó un destello amarillo. El de su tercer ojo, apuntó al suelo de color verde intenso, espejeante ahora a la luz: algo había aparecido, ciertamente, en la base del ídolo, entre sus pies deformes: Una larga y bellísima llave de oro, de empuñadura llena de arabescos. Debía medir, al menos, dos pies[1]. Al bajar todos al suelo, Cole se inclinó, recogiendo aquella misteriosa llave. Tenía caracteres chinos grabados a lo largo de su cilindro dorado, rematado por unos dientes curvados, de centelleante oro amarillo.

—¿Qué significa esa inscripción? —preguntó Cole en voz baja.

Kwan la leyó, arrugando el ceño. Sacudió la cabeza, con gesto de estupor.

—Nada que nos retenga aquí ahora, Cole —dijo con voz apagada, clavando sus ojos en el actor americano—. Es una inscripción muy antigua, escrita en mi lengua… Dice que esta llave abre la puerta de la fortuna y de la riqueza a su poseedor…, en cierto lugar de Asia. En un viejo templo…

—¿Sabes qué templo?

—Sí —asintió Kwan, con ojos brillantes—. Creo que sí. Pero si es cierto lo que aquí dice…, son auténticos tesoros. Oro para hundirse en él, para no gastarlo jamás, Cole…

—Tal vez sea cierto —suspiró Cole—. En cuyo caso…, seríamos inmensamente ricos. Los tres.

—Dice aquí que quien obtenga ese oro, debe destinarlo a practicar la justicia y el bien en el mundo… Pero claro, quizá sea sólo un antiguo ritual de mi pueblo…

—No, Kwan. Si realmente llegamos a ese tesoro fabuloso…, será para el bien y la justicia entre los hombres —sentenció gravemente Frank Cole—. Vámonos ya. Creo que va siendo hora de…

No terminó su frase. De súbito, un bramido pareció brotar del interior del *Dios Ciego,* cuyas luces en los tres ojos se extinguieron. Alrededor de ellos, sonaron sirenas de alarma… ¡y una plancha de acero descendió ante la puerta, cerrándola herméticamente!

—¡Estamos encerrados aquí! —jadeó Lena—. ¡Han descubierto nuestra presencia!

—Eso me temo —murmuró Kwan—. ¡Mire, Cole!

Cole miró en la dirección señalada por su amigo chino. La llamada de alerta del ídolo daba sus resultados.

Hasta una docena de rapados sacerdotes, orientales todos, de ropaje verde, surgían por doquier. Sus manos se alzaban hacia ellos, con gestos de amenaza. Eran *katas* de un arte marcial que los tres ignoraban. Cole creyó entender:

—¡Los Trituradores, Kwan! —jadeó—. ¡Ese arte marcial es diferente a los que conozco!

—Sí, también yo —exclamó agriamente Kwan Shang—. Cuidado, Cole. Son peligrosos. *Muy* peligrosos. Entre otras razones, porque son fanáticos, son trituradores de hombres… *¡y son ciegos!*

—Ciegos… —repitió Lena, impresionada—. No hay luchadores

ciegos, Kwan…

—Estos lo son. Como su propio dios… ¡Pero sus otros sentidos son tan agudos, que no necesitan ver a quienes atacan para destrozarles los huesos!

La docena de monstruos luchadores de ojos vaciados, de rapados cráneos, se movieron en torno de ellos, en forma envolvente. Era un cerco mortal, que ningún guionista cinematográfico pudo imaginar más terrible ni más devastador. Uno de ellos emitió un bramido atroz entre sus labios apretados, como si el grito, equivalente al *¡Kiai!* que ellos conocían, brotara de su propia alma implacable.

Y cayó sobre Cole, con la precisión mortal de quien no tiene duda de adonde ir…

# CAPÍTULO III

## LA HORDA CIEGA

Cole actuó con la rapidez que podía salvar su vida frente al monstruo asesino. Sin mover las manos, hizo *Mae-Geri-Jodan*, del pie derecho, disparando éste contra la tráquea de su enemigo.

Este se agitó, mientras Cole al instante tomaba la postura de *Kiba-Dachi*, e inmediatamente, sin mover las manos, hacía parada con el codo derecho, haciendo un simple movimiento vertiginoso de caderas y hombros hacia adelante. El impacto que pudo ser mortal, chocó ásperamente en su codo, causando daño al contrario. Inmediatamente, Cole siguió con *Uraken-Shomen*, de puño derecho, al rostro del adversario, en posición armada ya la mano zurda.

Llevó el pie izquierdo al lado del derecho, para encontrarse otra vez como en su anterior maniobra, y sin parar, atacó abiertamente, con *Mae-Geri-Jodan*, haciendo retroceder al temible adversario, mientras ya Lena y Kwan hacían alarde de sus portentosas dotes de luchadores de Kung-Fu y de *aikido*, enfrentados a sus adversarios.

De los labios de Cole brotó el triunfal grito cuando tras un *Uraken-Shomen*, con el puño derecho, adelantó el izquierdo en *Ken-Zutsu-Dachi*, y golpeó con velocidad y potencia pasmosas, con *Oie-Tsuki-Chudan*.

—¡KIAI…!

Su enemigo cayó al suelo. Inmóvil, destrozado por la técnica del adversario que, rápidamente, cargó contra otros dos adversarios ya en ataque. Fulminantemente, las manos de Kwan Shang jugando en las posiciones *Tao-Shou* o Cuchillo, y en las de Garra de Águila o *Hu-Chao*, o Zarpa de Tigre, movía su cuerpo con igual agilidad felina que Lena Tiger, causando destrozos en las Alas de ululantes

fanáticos. Los cuerpos de los enemigos eran desplazados, golpeados o abatidos, con una sencillez pasmosa. Eran tres auténticos titanes, enfrentados a una masa devastadora y cruel. Pero ellos no mataban, salvo cuando no era absolutamente imprescindible usar el golpe mortal contra los más fuertes y feroces.

Lena, gracias a su armonía de movimientos, utilizaba aquella furia asesina de los adversarios en su propio beneficio. Y su gama de *katas*, desde las llaves *Ikkyo* y *Nikyo* hasta las *Kokuynage* o *Koshiwaza*, hacía estragos en la masa de trituradores fanáticos.

Pero de pronto, Kwan exhaló un gemido de horror, al dirigir una mirada hacia el fondo del templo.

—¡Cole, mire eso! —jadeó—. ¡Es imposible sobrevivir!

Frank se estremeció al descubrir lo que señalaba Kwan Shang. ¡Al menos otra veintena de Trituradores aparecía en el fondo, entre unos verdes cortinajes salpicados de dragones!

Todos igualmente calvos, relucientes sus ovalados cráneos, igualmente ciegos…, moviéndose en lo que ellos creían tinieblas absolutas, y que sólo la luz infrarroja de los tres luchadores había cambiado en su beneficio. De otro modo, ya estarían muertos en la sombra, bajo el azote de los luchadores ciegos. Esto, había logrado desconcertar a sus enemigos, pero ahora, con una veintena más de hombres, la hazaña era ya imposible.

Aquello era su sentencia de muerte. Y los tres lo sabían…

Pero no iban a morir sin defender sus vidas heroicamente. El karateka, el luchador de Kung-Fu y la *aikidoka*, se movieron veloces, en un desplazamiento hacia el enemigo, ganándole en iniciativa. De la docena anterior, no quedaba un solo luchador en pie…

—¡Hay al menos seis para cada uno! —jadeó Cole, roncamente —. Haced lo Imposible, amigos… y que Dios nos ayude. Pero no ceder, no daros por vencidos.

—¡Jamás! —gritó Kwan Shang. Y emitiendo su feroz ¡Kiai!, se precipitó sobre los enemigos mortíferos, seguido Inmediatamente por Cole y por la muchacha de piel oscura.

La lucha se generalizó de huevo. En torno a los tres héroes, se Iban abriendo claros otra vez, a medida que abatían a sus aulladores enemigos. Pero el agotamiento Iba haciendo mella en ellos. Paulatinamente, sus posibilidades de supervivencia mermaban. Y los tres sabían que estaban llegando al límite de sus

fuerzas…, cuando sólo seis de sus nuevos contrincantes habían dejado de ser peligrosos.

Poco después, Lena era rodeada por tres de los luchadores ciegos, que se disponían a descargar sus golpes de gracia. Jadeaban, con una ferocidad latente, ávidos de sentir bajo el impacto de sus manos demoledoras, el chasquido de los huesos triturados de sus víctimas. Era algo que podía casi respirarse en el ambiente viciado del Interior de la pagoda de la muerte…

Cole se veía superado ya por cuatro de sus enemigos, y el resto Iban cercando a Kwan Shang, en una acción decisiva y aniquiladora. Ya era sólo cuestión de segundos sobrevivir.

Y de repente…

De repente, el agudo grito, en alguna parte, en perfecto inglés:

—¡Apartaos! ¡Todos a un lado, Cole! ¡Sepárense de esas bestias ciegas…!

Cole, Kwan y Lena se miraron entre sí. Rápidamente, obedecieron, aun sin saber de dónde venían las extrañas órdenes. Peor, no podía ser el resultado, fue quizá lo que pensaron instintivamente los tres.

Se apartaron de sus agresores, como si huyeran, y se agazaparon los tres al pie del ídolo de los tres dragones. Los Trituradores dieron media vuelta, como si viesen más que nadie en la oscuridad, y fueron en su busca.

Entonces tabletearon las metralletas.

Fue breve. Breve y espantoso.

—¡Dios mío, es horrible! —gimió Lena, estremeciéndose ante la *massacre*.

La sangre corría a regueros por el verde suelo brillante de la pagoda, cuando cayó el último de los Trituradores, barridos por un alud de proyectiles que convirtieron sus cuerpos en cribas humanas. Kwan y Cole parecían Igualmente petrificados de horror ante la matanza feroz y despiadada.

Cuando no quedó un solo luchador de verde túnica en pie, cesaron los disparos. El aire olía a pólvora, a sangre, a muerte. Kwan sacudió la cabeza con angustia.

—Es terrible —jadeó—. Muerte, violencia, sangre… ¿Por qué resolver así las cosas?

—Gracias a eso están ustedes vivos… todavía —dijo una fría

voz, al fondo de la sala.

Y para sorpresa de Frank Cole y sus amigos, aparecieron hasta cinco encapuchados. Cuatro de ellos empuñaban humeantes metralletas. El quinto, a la cabeza, no llevaba arma en sus manos, pero sí una bien visible en su cintura: una pistola automática con silenciador.

—¿Quiénes son? —quiso saber Lena.

—Creo que lo imagino —terció Cole fríamente, sin quitar sus ojos de los encapuchados—. Personas que vienen a aprovecharse de las circunstancias. Tan crueles y tan peligrosos como los Trituradores, pero con diferentes métodos, ¿no es así?

—Así es —asintió risueñamente la voz apagada del cabecilla del grupo, parándose ante Cole—. Bajo nuestras caperuzas, lógicamente, llevamos gafas para luz infrarroja. Era de suponer cuál sería su técnica, Cole, en esta incursión nocturna, Gracias por habernos dado hecha la solución al jeroglífico chino de los dragones de oro.

—De modo que ustedes son los que mataron a Loto Shee en Hong Kong, los que enviaron asesinos a sueldo contra mí, los que dinamitaron mi casa, los que enviaron a un suicida en aquel vuelo…, y los que mataron al profesor Fong en San Francisco, ¿no es cierto?

—Muy cierto, Cole —asintió el jefe encapuchado—. Somos todo eso, y más. Los que nos llevaremos cuanto encierra el lugar que se abre con la llave de oro del Dios Ciego. Siempre pensé que era simple leyenda, una fábula más del Oriente. Pero no. Es una realidad tangible… En algún lugar está ese templo, esa fortuna esperando a quien vaya a por ella…

—Es sólo para el bien y la justicia —replicó Lena—. No podrán poner sus manos en ella.

—Lo veremos —rió la voz del enmascarado—. De momento, somos los vencedores del juego, ¿no, Cole?

—Posiblemente —aceptó Frank con tono sombrío—. Ahora imagino que la última ráfaga será para nosotros tres…

—Bien imaginado —afirmó el jefe del grupo de asesinos—. Frank Cole y sus amigos…, buen viaje a la eternidad. Lo siento. No pueden sobrevivir. Me hubiera gustado, pero no entra en nuestros planes.

—Si me hubieran asesinado, ahora no tendrían esa llave —avisó Cole—. Yo poseía uno de esos dragones. ¿Qué hubieran hecho sin él?

—Fue un grave error. Ignorábamos el exacto valor de cada dragón. Pero sabíamos que significaban la fortuna, eso sí. Nosotros hemos estado utilizando el nombre de esta secta como una pantalla para cubrir nuestro negocio entre Hong Kong y San Francisco. Y de repente, surge algo con lo que nunca contamos en nuestra organización: la posibilidad de alcanzar una fortuna fabulosa… a través de unas figurillas de oro.

—Suponía algo así. No era sólo obra de unos fanáticos. —Cole miraba con fijeza a los encapuchados—. Una organización criminal… Negocios entre Hong Kong y los Estados Unidos… Drogas, imagino.

—Drogas, sí. Y piedras preciosas. Usábamos objetos antiguos, cosas como esos dragones de oro. El profesor Fong descubrió la verdad. Sobre nosotros, y sobre los tres dragones de la traición… Loto Shee era uno de nuestros enlaces. Se asustó, al saber lo que traíamos entre manos… y quiso apartarse del juego, hablando con Fong de ello. Pero ninguno imaginamos que el dragón que ella llevaba no era de los que usábamos para las drogas, sino uno auténtico, de tres que había en juego. Uno, lo tenía el propio Fong… Demasiado tarde nos dimos cuenta de que habíamos perdido algo de mucho valor, y pensamos en recuperarlo, pero un poco torpemente.

—Al fallar su planes criminales para evitar que se descubriera su tráfico de drogas y gemas, tuvieron suerte por otro lado —suspiró Cole—. El azar puso en sus manos tres dragones que eran la llave de la fortuna… El tercero, en manos de otro de vuestros enlaces, el de Macao, fue a manos de Kwan Shang por azar.

—Nos congratulamos de ello, Cole. Ahora, se ha terminado la charla. Vais a morir los tres. Era un final inevitable…

Las cuatro metralletas se movieron ligeramente, al disponerse sus dueños a vaciarlas sobre Frank Cole y sus dos amigos…

Fue solamente un segundo.

Un segundo de diferencia entre la vida y la muerte. Luego, todo cambió para los tres luchadores.

No necesitaron mirarse para entrar en acción. Era algo que sus

mentes sintonizaron de modo casi automático. Y los tres, simultáneamente, actuaron de forma vertiginosa.

Con un increíble «salto de tigre», Cole cayó sobre el más alejado de los cuatro tiradores. Su golpe de talón, en el rostro encapuchado, provocó un chasquido seco. Cayó en redondo el asesino. Estaba muerto, con la nariz hundida mortalmente.

Kwan actuaba en una doble *kata* de kung-fu, derribando simultáneamente a dos de sus enemigos, que dispararon sus metralletas al vacío, antes de recibir un nuevo golpe demoledor, que los dejó inmóviles, en grotesca postura.

El cuarto ametrallador recibió el impacto de las femeninas piernas de Lena Tiger, que pasaba al ataque, arrebatándole el arma con una fácil llave, para después recibir el fuerte ataque del individuo desarmado… y usar su fuerza para abatirle estrepitosamente. El hombre chocó sordamente en tierra, se quedó luego quieto y callado.

Con un ronco grito de ira, el jefe del grupo extrajo su automática provista de silenciador, para disparar sobre Lena. Tal vez hubiera llegado a hacerlo. Pero Cole llegó a sus espaldas, y con un golpe seco del filo de su mano, en forma de cuña, le abatió, al tiempo que su zurda martilleaba la muñeca, haciéndole soltar la pistola, que rodó por el suelo de la siniestra pagoda.

—Y ahora, veamos el rostro al enemigo —dijo abruptamente, precipitándose sobre el caído y despojándole de la caperuza.

No se sorprendió demasiado. Había esperado algo así, desde que supo que Loto Shee le buscaba a él en Hong Kong para revelarle algo grave. Solamente una razón podía existir para ello…

—Vaya… —murmuró—. De modo que eras tú… QUERIDA COMPAÑERA, MAI WONG…

El rostro de Mai Wong, actriz cinematográfica famosa y muy bella, le contempló desde el suelo, transfigurado por un gesto de odio infinito, de fracaso amargo.

—El cerebro rector de la organización —murmuró Kwan Shang —. Una mujer…

—No soy de las peores, después de todo —sentenció con ironía Lena Tiger, contemplando a su compañera de sexo con fijeza.

# CAPÍTULO IV

## CORTINA FINAL, BORDADA CON DRAGONES

—Mai Wong, una exquisita actriz, era el jefe oculto de una organización criminal… —El teniente Dobkin sacudió la cabeza con asombro—. No lo entiendo, Cole. Cada vez comprendo mucho menos el mundo en que vivo…

—Eso nos sucede a muchos —admitió Cole gravemente—. Cuando esa chica murió en mi camerino, allá en Hong Kong, al lado del que ocupaba Mai Wong, debí haber sospechado algo. Luego, al vernos sorprendidos esta noche… estuve seguro. Sólo Mai sabía que yo iba a hacer algo por la noche, con unos amigos. Le bastaba vigilarme a mí, para que yo la condujese, cándidamente, a la pagoda donde obtendría la codiciada llave de oro, de la que había oído hablar recientemente, alterando sus planes sobre los dragones de oro, que ella sólo utilizaba para pasar drogas o diamantes… En fin, teniente, se lo dije. Asunto resuelto. Y aquí tiene a su prisionera.

—Hablé ya con el fiscal y el juez —carraspeó Dobkin—. Si sale una persona fiadora que responda por ella…, y si Lena se presenta cada mes ante mí…, puede ser libre bajo palabra, hasta cumplir el tiempo de su sentencia, y seis meses más por evasión y algunas cosillas. Es todo lo que pude hacer por ti, Lena.

—Es mucho —los ojos de ella brillaron—. Más de lo que jamás soñé…

—Yo soy quien responde por ella. —Cole la tomó del brazo—. Vamos a celebrar esto ahora…, pero con zumo de frutas solamente. Nosotros, los luchadores de Artes Marciales, no debemos caer en la tentación del alcohol.

Salieron del Departamento de Policía de San Francisco, y se encaminaron a una cercana cafetería. Por el camino, Frank Cole habló a ambos:

—Hemos de buscar ese tesoro en Asia, Kwan, Y hacer de él un fondo que nos permita seguir unidos, luchando por causas justas, ayudando a los demás, poniendo a contribución la más bella y noble forma de lucha que ha existido jamás.

—Es una gran idea —aceptó Kwan Shang—. Algún día, *ellos* me encontrarán, Cole… Y necesitaré también vuestra ayuda… Unidos, podemos llegar muy lejos.

—Haré lo que digáis vosotros —prometió Lena, con un suspiro —. Mi vida es vuestra, Cole. Pero considero que es una hermosa idea esa de ayudar a los débiles contra los fuertes. Si las Artes Marciales son la más bella y digna expresión del hombre que sólo necesita de sus propias fuerzas y de su cuerpo para luchar contra enemigos muy superiores, ¿por qué no hacer de ellas un escudo para los oprimidos y los que son humillados? ¿Por qué no ayudar a quien sufre o es expoliado?

—Entonces, convenido —extendió su brazo, la mano extendida también. Sobre ella pusieron Kwan Shang y Lena Tiger las suyas, como en un juramento solemne—. Los tres unidos, de aquí en adelante. Ese oro escondido en Asia, será nuestro fondo común para obtener los medios de seguir adelante. Y si tres dragones de oro nos han unido y ha hecho de nuestros destinos uno común… ¿por qué no llamarnos a nosotros mismos de ese modo?

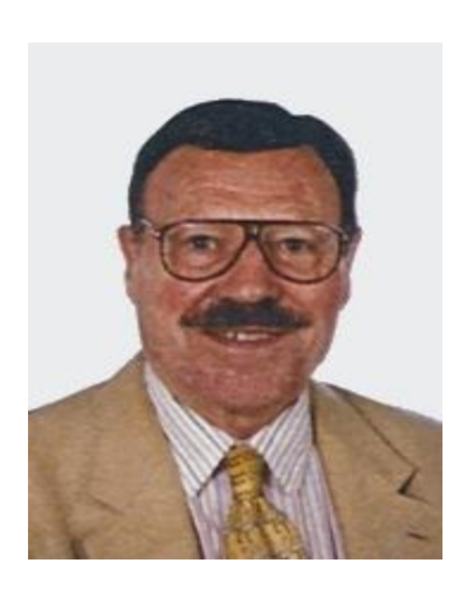
—Los Tres Dragones… —asintió Kwan Shang—. Me gusta, sí. Los Tres Dragones de Oro…

—Unidos para siempre —añadió Lena, tomando con calor la mano de Cole y mirándole dulcemente—. Sí, Frank. Es hermoso… Tres Dragones de Oro…, luchando a favor de los demás. Cada dragón, un símbolo de fraternidad, de amor, de espíritu humano…

Sus manos se oprimieron en aquel mudo juramento. Luego se miraron entre sí.

Sabían que algo había nacido. De ellos dependía que fuese, realmente, algo duradero, hermoso y digno.

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas críticas y entrevistas cinematográficas, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas Junior Films y Cinema, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste; es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: No dispares contra mí, Nuestro agente en Casablanca, Sexy Cat y El pez de los ojos de oro.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.

# Notas

[1] Unos sesenta centímetros. <<